

San José, Costa Rica

1926

Sábado 5 de Junio

301

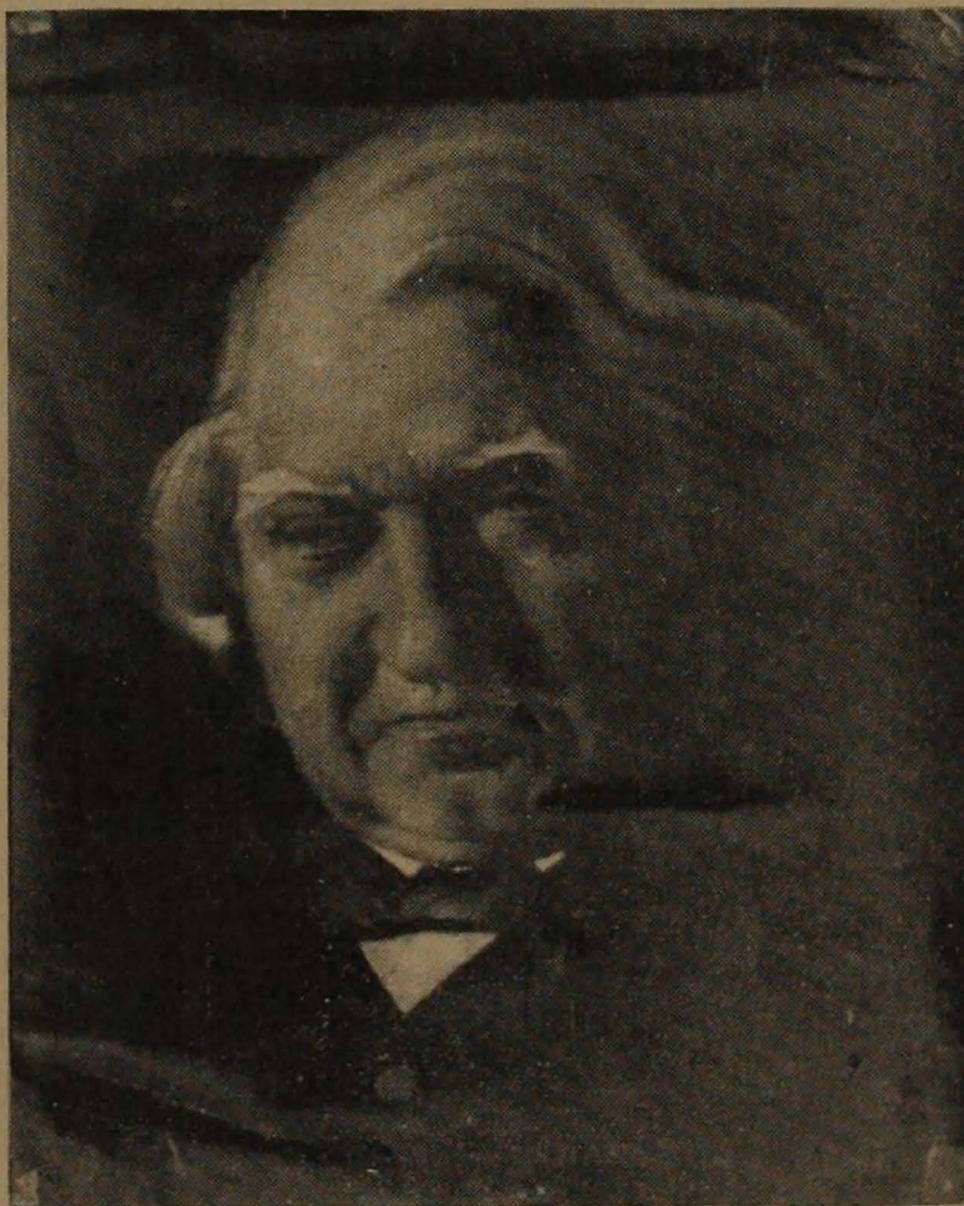
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:—*Diálogo sobre el amor y la muerte*, por Alberto Gerchunoff.—*Recuerdos de Rubén Darío*, por R. Blanco Fombona.—*Vasconcelos*, por Guillermo Jiménez.—*Ingratitud y Adulación*, por J. Vasconcelos.—*Musas y Hadas*, por Gaziel.—*Waldo Frank*, por José Carlos Mariátegui.—*Credo de la vida y Una pálida flor*, por Carlos Luis Sáenz.—*LA EDAD DE ORO* (con lecturas para niños).—*Los paseos en el Guanacaste*, por Manuel Segura.—*Prosas breves*, por Gris.—*Elogio del silencio*, por Alberto Masferrer.—*La balada de mis hermanitos lustradores*, por A. H. Pallais.

EN un lugar en que no hay mañana, ni tarde, ni ayer, ni hoy, se encontraron varias personas, si es que así puede llamarse a los que ya no son, y anudaron una plática sobre cosas graves y melancólicas. Intervinieron en ese diálogo, Apolodoro, filósofo griego, Ernesto Renán, que estudió el origen de las creencias humanas, Ninón de Lenclos, que hizo del amor una tarea suntuosa, y dos mujeres cuyo corazón tuvo historia en los países del planeta poblado.

APOLODORO.—En la tierra el tiempo tiene una duración. Aquí, en esta pradera de nubes de los Campos Elíseos, los días no tienen término, el cielo no tiene color, los cuerpos no tienen sombra, la voz no tiene eco. Todo se vacía, sin ruido y sin formas, en el silencio de la eternidad. Y cuando les oigo conversar y evocar lo que fuisteis y lo que hicisteis, comprendo que yo soy el único muerto, porque mi vida transcurrió demasiado apaciblemente en la superficie del globo de barro. No he vivido en realidad, porque no atribuí importancia a las dos inquietudes que torturan al ser sensible, al ser racional, que son el amor y la muerte. ¿Qué he hecho yo desde mi mocedad hasta mi hora postrera? Frecuenté las mesas amenas y a los amigos que se complacían en el examen de los conocimientos y en la delectación de la poesía. Es un entretenimiento digno de un filósofo, pero no es suficiente para llenar una vida.

Diálogo sobre el amor y la muerte



ERNESTO RENÁN.—¿Por qué hablar de dos inquietudes? Gusta a los filósofos clasificar y dividir lo que por lo común esta fuera de lo clasificable y de lo divisible. El amor y la muerte constituyen, a mi juicio, un solo misterio.

NINÓN.—Jamás he considerado el amor como un misterio o como un drama. El amor ha sido para mí una curiosidad sucesiva y un juego agra-

dable. Mas, no quiero discutir. He discutido en exceso allá, abajo. Prefiero ir hacia los sitios en que los bienaventurados no han perdido su alegría terrestre y se agitan en los rápidos movimientos de la danza.

PRIMERA MUJER.—No se vaya, Ninón. ¿Dónde encontrará alegría en el Elíseo? Aquí no hay alegría, porque aquí no hay dolor. Quédense con nosotros y diremos, una vez más, lo que hemos sido y lo que pensamos. Su opinión nos será útil. Aunque usted no conoció el amor, lo inspiró como pocas mujeres lo inspiraron y lo practicó con ardiente indiferencia.

APOLODORO.—Es el caso que cuando yo vivía en Atenas me solicitaban únicamente los problemas intelectuales. Los problemas del alma me interesaban poco. Consideraba la muerte como una ley de la naturaleza que renueva constantemente a la humanidad y que no debe afligir al individuo. Gozaba con la inteligencia y no con los sentidos. Y es un error. La medida del hombre es el padecimiento. Vive el que sufre con existencia rica y potente, y, al dejar de ser, lo que ha sufrido lo prolonga más allá de su sepulcro.

ERNESTO RENÁN.—Lo que dice el ilustre Apolodoro es penoso; es también verídico. Los griegos representaban la muerte bajo aspectos graciosos. Los monumentos funerarios que he visto en los cementerios helénicos, y en los museos de Europa no sugieren ideas lúgubres. Me acuerdo de un vaso votivo que me mostraron

en una pinacoteca italiana: en su flanco, un efebo esbelto tenía los ojos cerrados y en los pliegues de sus labios se adormecía una sonrisa. Para el griego, sutil y sensual, la muerte era el reposo en la serenidad. Para el asiático, que es de un sensualismo atormentadamente místico, la muerte es lo esencial de la vida. Es su continuación beatífica o su castigo fantásticamente trágico. He establecido en mis libros la diferencia de las religiones. Sostuve, y creo no haberme equivocado, que la concepción del universo, según el redactor monoteísta del Génesis, es profundamente poética, pero no épica. El politeísmo es épico. En cambio, los mitos paganos, como los mitos indios, no llegan a formar una religión. Forman símbolos aislados, que ofrecen entre sí la vulgaridad y la ligereza de las relaciones terrestres. Carecen de intimidad. Como las estatuas que los perpetúan, son cuerpos de mármol. Son dioses para la plaza pública. El asiático creó el cristianismo, que se funda sobre la muerte. Su objeto no es la comunidad sino el alma del hombre. Por eso tornó fecundo el pavor de lo desconocido y convirtió en un martirio la delicia deseable. ¿Quién ignoró esa suprema tristeza? ¿Quién no se sintió sumergido en la ansiedad infinita y no ha querido morir en el instante en que la leve caricia de una mano o el roce de un beso nos parecen tan inalcanzables como los bordes de una estrella?

SEGUNDA MUJER.—Le confieso, maestro, que estoy sorprendida. Le creía alejado de los tumultos horribles del corazón, que han envuelto mis días en un manto de lágrimas.

NINÓN.—Soy una sombra feliz, porque fui una mujer feliz. Obtenía sin esfuerzo la felicidad que daba. El destino me hizo de corazón variable y liviano.

ERNESTO RENÁN.—Me han supuesto con frecuencia un hombre de alma inerte, mesurada, sometida a las reacciones del pensamiento, porque me ocupaba de asuntos lejanos. No es así. He vivido en una honda soledad de espíritu. Rodeado de sabios y de sabiduría, me dediqué al ejercicio de la razón y al cultivo de la crítica. Y es la investigación de los sucesos del pasado lo que despertó en mí la sed oculta del amor. Amé primero las imágenes remotas del Evangelio. María de Magdala me reveló el valor de la ternura inhallable. Amé la Magdalena cual si se irguiera, es mis desvelos eruditos, en el aposento humilde de mi biblioteca, con su belleza pálida y llorosa, con sus grandes trenzas y sus brazos blancos, que veía levantarse en mis sueños como un clamor silencioso. Y

más tarde, al ascender en los años, conocí en una tertulia a una mujer en cuya presencia enmudecía mi palabra. Era hermosa. El cabello oscuro, caído en dos alas ceñidas, daba a su rostro una expresión de amable gravedad. Sus ojos me intimidaban. Su risa me devolvía el júbilo de la infancia. ¿Para qué deciros su nombre? Ningún verso ha resonado en mis oídos con música tan deleitosa. Conformábame con mirarla. Le hablaba con timidez. ¿Sabría esa criatura perfecta, ese milagro armonioso de Dios, que su efigie no salía del fondo de mis pupilas? Si en mis páginas hay una huella de bondad, si en lo que he escrito en las interminables vigili-
as se advierte el calor caritativo de la esperanza, es porque ella lo puso al sonreírme alguna vez.

PRIMERA MUJER.—No es el suyo un drama latino y mucho menos francés. Detesto el drama latino. Los dramas latinos no se diferencian de los cuentos de Boccaccio. Son historias de alcoba.

ERNESTO RENÁN.—Debo rectificarle. No he vivido un drama. He vivido dramáticamente un idilio mudo, dulce y triste.

SEGUNDA MUJER.—¿No es acaso lo mismo? El amor es un estado idílico, que teje el drama de sus protagonistas.

PRIMERA MUJER.—Conozco el teatro dramático. He procurado descubrir en las escenas culminantes la situación en que me encontraba. Los dramas italianos, franceses y españoles me producen habitualmente el efecto de episodios de índole externa. Sentada en mi palco, experimentaba la sensación de poder modificar con mi voluntad el curso de los sucesos escenificados. Su economía se equilibra sobre hechos que nacen de las contingencias circundantes y no de los cauces internos del alma, que determinan ineludiblemente un desarrollo fatal. Y en esas obras predomina, con una regularidad desconsoladora, la sed de conquistar, en el sentido directo y preciso, a la mujer que sirve de centro a la fábula frenética. Los nórdicos, los rusos, los sajones, han introducido en el drama, brumoso a veces como las ciudades y los paisajes que son su escenario, las pasiones indescriptibles, los arrebatos inmanifestables, la quietud dolorosa, el callado roer que devora el corazón. ¿Quién puede evitar ese drama escondido que muere día y noche como un ácido y que no se transparenta en el encadenamiento lógico de los hechos que suman la actividad ordinaria y la actitud visible de una persona? Es lo que me ha ocurrido.

NINÓN.—Lo que oigo se parece a las reflexiones lentas y nebulosas

de los personajes de las Sagas. La mayor parte de los latinos somos de otro modo. Si el cristianismo no nos hubiese infundido el terror oriental de la muerte y el sentimiento artificial del pecado, nuestros amores serían semejantes a los de los griegos, a los de los pastores y de las ninfas; serían frágiles e inocentes. Me he librado de los terrores religiosos que me inculcaba mi madre y me alimenté con las nociones epicúreas en que me educó mi padre, que admiraba a los filósofos. Por eso pudo decir mi amigo Saint-Evremond:

L'indulgent et sage Nature
a formé l'âme de Ninon,
de la volupté d'Epicure
et de la vertu de Caton.

No interpreté el amor con severa y amarga trascendencia. No encendí mi vida en la llama ficticia de los remordimientos, de los odios, de los celos. Amaba con la misma llaneza con que razonaba con los hombres de saber, y bailaba con los oficiales de la guardia del Rey. Conocí al señor de Coligny y después conocí, con idéntica fruición, a los que se detenían en mi casa y solicitaban mi compañía. Al conducirme de esta manera, obedecía a las condiciones de mi temperamento. No he teorizado el amor. Me entregué, sin prejuicios y sin la traba de los yugos morales, al goce de su voluptuosidad. ¿Puede ser otra cosa el amor? ¿Por qué hemos de cubrirlo con los andrajos desgarrados del misticismo, de las complicaciones románticas, por qué hemos de mezclar a su ingenua volubilidad de niño loco el sabor agrio de los fermentos sentimentales? El amor ha de ser un devaneo regocijante. Yo le creía, maestro Renán, tan dispuesto a la cordura en su intimidad como en el desenvolvimiento de sus escritos. Propenso a la ironía, a la visión diversa de las cosas, no lo suponía, como a un héroe de novela, revolviéndose en el análisis continuo de lo que pasa en el interior de su alma. Es que nada pasa en el interior de las almas. La vida está en la libertad de los sentidos y en los escondites del cerebro. Dirán que soy materialista. La vida material desenvuelta con cierta belleza, en el rincón del hogar o en el salón galante, no es menos laudable o recomendable que los prospectos de los idealistas,

APOLODORO.—La divina Ninón habla razonablemente. Sin embargo, ha incurrido en una confusión que es necesario precisar. Dijo que el amor ha de ser un devaneo regocijante. ¿No nos ha dado con eso la definición del placer?

ERNESTO RENÁN.—La afable Ninón, al referirse a mí, ha esbozado el retrato de un catedrático de espíritu yerto, contenido, reflexivo, prudente, de corazón monótono y pausado como la máquina de un reloj. No me extraña. Las almas son inaccesibles a las almas. ¿Quién se animaría a decir: yo conozco la conciencia de este o de aquel hombre, yo conozco la conciencia de esta o de aquella mujer? Muchos han dejado escritas sus memorias. Nadie nos ha dejado sus confidencias. Nadie se ha expuesto al juicio de los demás en lo que está separado de su existencia exterior.

PRIMERA MUJER.—Nuestra vida profunda es imaginativa. Copia en sus sobresaltos vanos las angustias que forjamos en el sueño, en el sueño venenoso que nos rige mientras estamos despiertos. Es la aventura sublime y pueril cuyas líneas esfumadas dibujamos con una complacencia mortificante. Y si no fuese así, el hombre no hubiese llegado a las ideas y a la poesía. La vida es una obra de arte. ¿Qué es una obra de arte sino una historia inventada de amor que corta la muerte?

SEGUNDA MUJER.—Los espíritus dolientes vinculan el amor con la muerte. Es la más espantosa y la más embriagadora ilusión de la eternidad.

APOLODORO.—La muerte estremece a los mortales y nunca han logrado, al aludir a su aproximación sigilosa, estremecernos con sus discursos.

ERNESTO RENÁN.—La amiga de la cual les he hablado, ensombreció una vez mi pensamiento contándome lo que sentía al meditar en el fin. Conversábamos en la penumbra de su saloncillo azul. Creo que era azul. Cuando la visitaba, el tiempo se me iba en mirarla con disimulo y recato, en fijarla dentro de mí, en absorberla como un perfume. Díjome, pues, que la muerte solía obsesionarla. Se despertaba a menudo y la sentía al lado suyo, como si la espíara y la aguardara. No es para mí—explíceme—un concepto, una idea. Es una realidad. Me acongoja y experimento la horrenda pesadilla de imaginarme fenecida, con la coherencia punzante de los recuerdos y con la certidumbre estranguladora de que he cesado y nada de lo que fui, de lo que representó el anudamiento imponderable de mi sensibilidad, prosigue más allá de ese límite de niebla. Agregó: la inmortalidad del alma es una reacción contra la muerte, una defensa contra aquello que es el definitivo mutismo en torno del ser. Mas, los que creen en esa inmortalidad la presentan como algo tan inaprensible y tan confuso que agrava a la muerte misma con una especie de caricatura siniestra de la vida. Es la vida diluí-

da e informe de las almas. Las almas flotan en los recintos perpetuos como copos de bruma. ¿Poseen en ese estado indeciso de soplo la aptitud de recordar, de revivir en lo eterno lo fugaz de los días sabrosos? El hombre no es más que la memoria de lo que sumó en su tránsito por la tierra. Si no recuerda en el otro mundo lo que su existencia enhebró de frívolo, de terrible, de perdurable, ya no es su propia sucesión y, por lo tanto, es otra vida, o sea la muerte, que es el olvido completo. El mundo tiene por eje—prosiguió mi amiga—una ley de inflexible perversidad. El Paraíso, que recoge las almas meritorias, las disuelve en hálitos inconsistentes. El premio de los condenados es más apetecible. Son conducidos, en el molde de su cuerpo, a las calderas, a los plomos hirvientes, a la lluvia de chispas del Infierno. Al ser castigados por sus culpas, se les conserva la personalidad que tuvieron en el bajo suelo al contraerlas. Se sobreviven para el castigo. Y así la adúltera, la pecadora, por ejemplo, se eterniza por los siglos de los siglos, renovando el goce prohibido, el momento incomparable que originó su condena. De esta manera me habló aquella mujer dilecta entre todas las mujeres:

NINÓN.—En el recuerdo de la gente somos lo que fuimos en la vida.

APOLODORO.—La buena ciencia se reduce quizá a vivir apresuradamente y amar las cosas en su apariencia. Si esto es lo cierto, no tendría de qué arrepentirme. Y Ninón habría vivido la vida más envidiable.

PRIMERA MUJER.—¿Quién es capaz de discernir entre lo cierto y lo incierto? Ciertamente es aquello que creemos que lo es porque así lo imaginamos.

NINÓN.—Lo cierto es lo que adula a nuestros sentidos y halla su confirmación al satisfacerlos. Por eso creo que el amor es lo que yo practiqué.

ERNESTO RENÁN.—Hablo como un hombre que no ha tenido juventud. Me preocuparon en la adolescencia temprana los trabajos intelectuales. Cuando la edad me permitió entender y abarcar el grande misterio, había perdido ya el aplomo con que el joven y el amante dominan a la mujer. Por tal causa encerré la riqueza estéril de mi sentimiento en el pudoroso silencio de la adoración. No hay que confundir a los enamorados y los amantes. El amante realiza un deseo o se exalta en una vanidad. El enamorado cultiva un ideal. La mujer no lo prefiere. Elige al amante y se enorgullece, a la vez, con el rendimiento un poco ridículo del enamorado.

SEGUNDA MUJER.—En el amor no hay

ridículo. El amor es funesto y delicioso. Yo, maestro, he sido una enamorada.

PRIMERA MUJER.—La historia del amor y de todos los amores está en la música de Beethoven. Beethoven es y será el músico sumo del amor. Por eso es tan triste y por eso hallamos en su expresión melodiosa lo que la vida no puede proporcionarnos. En sus sonatas se cierne un aliento, un ímpetu que tiende a la alegría sagrada que buscó con desesperada constancia y que jamás aprisionó en sus notas. El amor es la aspiración a esa alegría cálida y mística que confina en el éxtasis y en la gracia. Por eso su equivalente es la muerte, porque en ella acaba como agua del río en el mar.

APOLODORO.—Deduzco de lo que decimos que el mal no está en la muerte sino en el comienzo de la muerte, que es la vida.

ERNESTO RENÁN.—No tengo un concepto tan desolado. La vida es bella cuando no rueda en el vacío. Hay que nutrirla de recuerdos. He escrito obras para los demás; me he confesado como filósofo, como pensador, como artista. Pero mi vida se llenó con el recuerdo, el recuerdo que me hizo temblar de plácida zozobra al dialogar con ustedes sobre estas cuestiones insolubles, que dejan en cada uno que las provoca una vaga congoja.

PRIMERA MUJER.—Es lo que un amante no podría decir al arrimarse el momento en que uno ve velarse los objetos y el frío comienza a invadirle.

SEGUNDA MUJER.—Es el tibio consuelo del enamorado, del que ha conocido la otra voluptuosidad, la voluptuosidad melancólica de crearse un culto y que, a veces, ignora la divinidad que lo origina.

NINÓN.—Esos razonamientos no me sorprenden. Estoy acostumbrada al razonamiento. Si volviera a vivir, volvería a mi hotel de París a reír con mis amigos, a entregarme aturdida y delicadamente, no al amor, sino a los amores.

ERNESTO RENÁN.—Si regresara—no tengo deseos de ello—al turbio trozo de tierra en que se congestiona la humanidad, reanudaría, probablemente, mi existencia laboriosa y obstinada. Sonreiría para el mundo con la sonrisa que viene de Voltaire, mas en el crepúsculo seguiría frecuentando con paciente inutilidad a la exquisita mujer, y seguiría contemplándola, temiéndola, embebeciéndome en su palabra, para no olvidar la suave melodía de su voz ni el armonioso donaire de su gesto. Y como en la vida anterior, moriría sin que ella supiese que mi vida ha sido dolorosamente grata, porque se la destiné en ofrenda.

APOLODORO.—Lo que hemos dicho carece de relación. ¿Por qué hemos vinculado sin cesar la idea de la muerte con la idea del amor?

ERNESTO RENÁN.—No sabría decirlo. Será porque se trata de dos fatalidades semejantes, que componen una sola fatalidad. El principio es igual al fin.

PRIMERA MUJER.—¿Quién de nosotros ha amado más?

ERNESTO RENÁN.—No es difícil averiguarlo. Amó más el que más ha sufrido.

NINÓN.—Entonces yo no he amado.

ERNESTO RENÁN.—Dios me ha preservado de la pena de poder afirmar lo que afirma Ninón. ¿Si hiciéramos un paseo para oír lo que conversan los que fueron felices en la tierra porque no se daban cuenta de que vivían y de que morirían?

ALBERTO GERCHUNOFF

(La Nación, Buenos Aires).

ESTUDIANTINA

Letras, Crítica y Arte

Director: JUAN MANUEL VILLAREAL

1 Esq. 49.—La Plata (R. A.)

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Piero Calamandrei: <i>Demasiados abogados</i>	₡ 4.75
E. B. Place: <i>Manual elemental de novelística española</i>	2.50
Calderón de la Barca: <i>Teatro selecto</i> (4 tomos pasta)	20.00
Juan de Bonnefón: <i>El Cantar de los Cantares que trata de Salomón</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00

Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.

Recuerdos de Rubén Darío

A. D. Arturo Torres Ríoseco, en los Estados Unidos, que pide recuerdos de Darío¹.

La vida en París

Por aquel tiempo—comienzos del siglo xx—vivía yo mi juventud alegremente. Dinero, mocedad, salud, despreocupaciones, amor del arte, del placer, de la política, de las aventuras, del peligro... ¿Qué me faltó? Los demás—y aun yo mismo—esperábamos de mí cosas estupendas. ¿Qué cosas? No podría precisarlo. Me batía en duelo, sin odio, por quitarme allá esas pajas; tenía amiguitas, caballos, perros, escopetas, espadas; habitaba un coquetón apartamento en la plaza de la Magdalena; escribía versos; era campeón del ideal... No pudiera decir como el poeta español que a los treinta años mi alma yaciera «apagada y fría». Al contrario. Los treinta años cantaban en mi corazón canciones dionisiacas. Era feliz.

Rubén Darío no me llamaba sino «el Príncipe». Enrique Gómez Carrillo y yo nos reuníamos todas las tardes en el Círculo de la Esgrima; hacíamos cortos asaltos, nos duchábamos y luego nos íbamos a Calisaya, al aperitivo, para regresar a comer al Club o meternos en algún restaurante del Boulevard. A media noche subíamos a Montmartre.

¡Qué mundo tan vario y sugerente frecuentábamos! Escritores, cancionistas, músicos, pintores, y, sobre todo, grisetillas. Los amores no duraban nunca arriba de una semana o dos. Recuerdo cierta guapa niña a quien le gustaba pegar para que le pegasen: me propinó una noche una torta que resonó en todo «Cyrano». De entonces conservo un retrato que me hizo el dibujante ruso Widoff. Rubén a veces nos acompañaba y se arrinconaba a charlar con algún amigo de su preferencia como el lúgubre poeta y cancionista Jehan Rictus, sobre quien escribió amenísimo artículo. No hacía asco a las mujeres; pero nunca gozó entre ellas de prestigio.

Sí, con el cabello gris acercábase—según más tarde cantó—a los rosales del jardín. Las mujeres reían de aquellas aproximaciones, dando a entender... lo que cada quién quisiera.

—Plural ha sido la historia de nuestros corazones—solía decir desde entonces.

Y Carrillo, cínico, corregía la frase:

—Plural ha sido la historia de nuestra concupiscencia.

Este sí disfrutaba de invariable éxito con las mujeres. Un día una de sus amiguitas le cayó a tiros por celos.

Carrillo sí rivalizaba entonces con Darío por cuestiones de periodismo bonaerense y de prebendas otorgadas por dictadores de Centroamérica, a quien ambos cosechaban.

* *

Estrada Cabrera, aquel Júpiter de Guatemala, muerto en su cama después de ha-

1. Véase la primera parte de estos interesantes recuerdos en el número 12 del tomo en curso.

ber recibido los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad, derrababa sobre Carrillo parca lluvia de oro. Parca, pero ininterrumpida: tenue llovizna o, como expresan en mi tierra, garúa. ¿Por qué? Por un periódico de jocoso recuerdo que editaba Carrillo en París o en Hamburgo, según las circunstancias. Suponía aquel feroz pedagogo, que se quitó la chupa del dómene rural para vestir la púrpura de dictador, que el Universo íntegro iba a admirarlo por los elogios de aquella eventual y errabunda gaceta. Suponía el pobre déspota que iba a sobornar a la posteridad con las escatimadas pesetillas que giraba a un joven poeta desaprensivo. Trocar dinero por ditirambos, excelente negocio, máxime si las pesetas salen con cuenta gotas y las loas se vuelcan desde una cornucopia. Imaginábase el ingenuo pedagogo que las paletadas de hurras iban a ahogar el quejido de sus víctimas. Gómez Carrillo, en vez de los 30.000 ejemplares que entreveía en sus opiados y ambiciosos ensueños el infame Cabrera, tiraba sólo dos o tres docenas, y las expedía íntegras al maestrescuela dictador.

Para mantener la ilusión, el travieso Carrillo—que siempre tuvo amigos y servidores *interlopes* en medio de relaciones de primer orden—hacía publicar en Hamburgo, por algún alemán barato, dos o tres sandeces contra Estrada Cabrera; luego las rebatía él mismo, indignado, o cualquiera de sus innúmeros incondicionales franceses. Oficina internacional para embaucar mandones bobos. Un pequeño Pactolo mensual doraba las manos de Gómez Carrillo. Y Gómez Carrillo, cuya generosidad carece de límites, derrochaba íntegro su peculio con la esplendidez de un rey asirio. De un rey asirio que sobre tener dinero fuese espléndido.

Rubén Darío lo admiraba por prestidigitador y lo temía. ¡Era tan endiabrado y tan engarbullador aquel Enrique! Temía su lengua, su pluma, sus intriguillas, su inquietud, su cinismo sonriente, toda su manera de ser y de obrar. El nicaragüense era cazurro. El engatuzador de Cabrera, por el contrario, es un *charmeur*: posee el secreto de granjearse voluntades.

No he conocido a nadie que logre adquirir tan pronto imperio sobre las mujeres. Las damas le abren muy fácilmente las puertas de la casa y las del corazón. Los personajes más pletóricos de énfasis, de dinero, de suficiencia, se dejan, a la segunda conversación, dar palmaditas en el vientre por Carrillo. Los avaros le ofrecen dinero. Los más esquivos lo invitan y agasajan. Y Carrillo no sólo sabe granjearse voluntades, sino ponerlas al servicio de sus pasiones o de su interés. En aquel tiempo sacaba dinero—muy hábil y aun muy lícita y laboriosamente—de Guatemala, de España y de Argentina. El tiempo no eclipsará las dotes

de Carrillo. Francia le otorgará la Legión de Honor en grado eminente: España no vacilará en ponerlo, como director, al frente de uno de sus mejores diarios; Argentina lo nombrará cónsul en París.

¿Qué mucho que, conociéndolo, temiese Rubén a Carrillo? Y no se limitó a temerlo, sino llegó a abominarlo. La razón, naturalmente, estaba de parte de Rubén. Este solía exclamar:

—El *dosier* de Enrique, que tiene la Policía parisiense, es tremendo.

No entraba en mayores explicaciones. A la legua transparentábase que aquello era una hipótesis de la malquerencia rubeniana, o sugestión de malas lenguas: el diplomático de Centroamérica D. Crisanto Medina, por ejemplo,—a quien llamábamos D. Crisantemo—, o el Sr. Tible, tío carnal de Gómez Carrillo. Llegó al colmo la animadversión recíproca de aquellos parientes enemigos. Nos comisionó el sobrino una vez a cierto tronado conde francés—buen hombre que abominaba de los duelos, quizás por las agarronas que tuvo con su mujer—y a mí para desafiar al tío. El tío, alebronado, no quiso dar el pecho. Aquel desafío, aunque frustrado, horrorizó a Darío.

—Un día de estos Carrillo me desafía y me mata—pensaba Rubén.

Pero luego reportábase:

—No, no me matará, porque no me batiré.

Yo trataba de disuadirlo de tan absurdos pensamientos. Absurdos en cuanto a suponer que pudiéramos permitir que el pobre Rubén fuera a servirle de juguete en esa forma a Carrillo. Rubén agradecía, aun sin hablar, con la mera expresión del rostro, la seguridad que le daba. Tenía a la muerte miedo físico y miedo metafísico.

Una tarde, mientras paseábamos en coche por el Bosque de Bolonia, Rubén, hablando de su rival, exclamó:

—No quisiera que lo matasen; pero sí que se muriese.

La frase pinta a Darío: un poquillo cobarde, no confiesa con decisión el mal por que suspira; o más bien bonachón, incapaz de un odio ceñudo, no se atreve a desear para su adversario todo el mal que pudiera.

* *

En 1904 escribió, a petición del «Príncipe», estando yo en Madrid de paso—y él con un mejicano que lo invitó y pagó el viaje en Italia—, el prólogo de *Pequeña Ópera lírica*. Esa página florentina se mira hoy como una de las más bellas que se conservan de Darío. En efecto, es magnífica. Pinta allí nuestra vida de París, nuestros caracteres, nuestras conversaciones, sin nombres propios y, trasponiéndolo todo, con arte sumo, a la Italia de los Médicis. Sólo un maestro pudo concebir y realizar la primera parte—o llámese fachada—de aquella arquitectura renacentista.

Eso fué en la primavera. En el verano me fui yo a Holanda. A principios del otoño volvimos a juntarnos en París.

Cierta noche, después de haber comido y bebido copiosamente, nos sentamos en una terraza del Boulevard, en la «Taverne viennoise», después de 1914 «Café-restaurant d'

Angletère». No sé por qué se amoscó un poco Rubén con algo que yo dije. Sacó una hoja de papel, escribió unas líneas y me pasó lo escrito.

Era una cuarteta, y decía:

La palabra de Darío
la volverás a encontrar
cuando las ondas del río
sean las ondas del mar.

Aquella nubecita se disipó la misma noche. La palabra generosa de Darío volvió a sonar espontánea y más de una vez en mi honor.

Partí a Venezuela. A promedios de 1905 ocurrióme un drama sangriento mientras ejercía la gobernación del Territorio Amazonas. Caí preso. Entonces escribí en la cárcel de Ciudad Bolívar mi novela *El hombre de hierro*. Rubén Darío se acordó del ausente y publicó un artículo con motivo de aquella novela.

«Es de los que han nacido para realizar grandes cosas (más allá del Bien y del Mal, si gustáis), y las realizará, como no llegue antes el instante que corta el vuelo de los más fuertes cóndores o impide el salto de los más hermosos leones».

¡Con qué melancolía y qué vergüenza respondo ahora, con una vida fracasada, al mal profeta!

En 1907 volví a Europa. Continuamos la misma cordial amistad de siempre. Al año siguiente apareció en París, traducida en francés por el poeta suizo Frederic Raisin, la *Pequeña Ópera lírica* con el título *Au delà des horizons...* Yo había regresado a mi país y se me olvidó enviar el volumen a Rubén. Cuando años adelante, en 1910, él me lo pidió y yo se lo dí, mandó sobre aquella traducción una elogiosa correspondencia a *La Nación* bonarense.

Volví, pues, o encontrar más de una vez la calurosa y férvida palabra de Darío.

* *

En el invierno 1910-1911 me radiqué en París, después de errar varios meses en busca de arraigo por España, Holanda, Bélgica y Alemania. Volvía esta vez a Europa en condiciones morales y económicas bastante mediocres.

Me había visto forzado a retrovender, desde la prisión, a toda carrera, una pequeña finca de café; salía de un año de cárcel; me desterraba de mi país, sacándome de la mazmorra entre esbirros, hasta dejarme a bordo del buque español—el «Antonio López»—que me condujo a Barcelona, una dictadura soez y patibularia. No contaba para vivir y afrontar el sombrío futuro sino con mi trabajo y la corta renta de unos cupones del Banco de Venezuela. El poco dinero que llevaba no iba a derrocharlo en francachelas sin saber aún cómo orientarme, no gustando de pedir ni habiendo pedido jamás a nadie favores pecuniarios.

Hablo demasiado de mí; pero sería imposible referir nuestras relaciones si omitiese esenciales circunstancias de carácter o de vida, clave de nuestra amistad y de nuestra ruptura. Lo desleal sería desfigu-

rarlo a él o embellecerme a mí. Pintarnos como fuimos, no.

Aunque muerto hace poco, relativamente, Rubén Darío ha crecido tanto que tratar de él sin mucho respeto, como de un camarada cualquiera, parece irreverencia. Pero, diábolos, era de carne y hueso como todos nosotros. No vivía envuelto en una nube, sino mezcándose a la vida impura y a los hombres microscópicos. Hay que hablar de él como de un hombre.

Una de las características de la psicología de Rubén—la más lamentable tal vez—no consiste en que amase el lujo y se inclinase ante la fuerza. Consiste en que, sin ser hombre de maldad activa, consciente, deliberada, más aún, siendo un hombre bueno en el fondo, jamás tuvo conmiseración por los débiles ni lástima de la desvalidez. Lo que no fuese oro, mármol, terciopelo, salud, fortuna, fausto, le era antipático. Era el hombre de su literatura: todo esplendor y sensualidad de la forma. Sería, con todo, injusto asegurar que la belleza moral no lo sedujese en la vida o estuviese ausente de su literatura... Pero si Rubén admira y canta—¡y de qué modo maravilloso!—a San Francisco de Asís ¿cuándo lo canta y lo admira? Observadlo bien: es en el tramonto de la vida del poeta que el poeta celebra al noble Francisco, y más por lo pintoresco de aquel trasunto de Jesús que por lo santo. En el fondo, es al fiero lobo de Gubia al que celebra y no al santo de Asís.

Una tarde, al anochecer, presentóse Rubén en casa. Iba por mí para que cenásemos juntos. Yo vivía en la calle Gay-Lussac, en un quinto piso. Rubén arribó, jadeante.

Mientras colocaba su sombrero de copa y sus diplomáticos guantes de Suecia sobre una mesita no pudo contenerse y exclamó:

—No, Rufino; no me acostumbro a verlo a usted en este pisito.

Sonrei. ¡Qué lástima me daba el gran poeta infantil! ¡Cuántas veces había yo vivido peor!

—Eso es la vida, Rubén—le repuse.

—¡Y yo que le había augurado el destino de Rey!...

—Sí; usted me dijo como el hada: «Tú serás Rey». Pero los reyes de la democracia se juegan la cabeza al Trono. Yo he jugado mi destino a cara o cruz. He jugado y he perdido.

—¡Pero este cuartito!...

—Este cuartito, la pezuña de cerdo que usted mira sobre mi carne, la mano asesina que amorata mi cuello, son episodios de la lucha. He perdido: hay que pagar en sufrimiento. Eso es todo.

—Sí: «eso es todo, y nada más». Es decir, eso es el infortunio, según el fatalista cuervo de Poe.

Concluyó con estas palabras impertinentes:

—Ya no me atrevo a repetirle: «Tu serás Rey».

R. BLANCO-FOMBONA

(*El Sol*, Madrid).

Vasconcelos

Con verdadero interés he seguido día a día, ya en la prensa de España, o ya en los diarios de esta capital, el desagradable incidente surgido entre el licenciado José Vasconcelos y el poeta Santos Chocano, incidente que, por angas o por mangas, fué una de las causas de la muerte de Edwin Elmore.

Realmente, parece que el principal motivo de la tragedia, no fué la discusión entre Chocano y Elmore sobre las ideas vertidas por José Vasconcelos a propósito de Tacna y Arica—mejor, mucho mejor para el publicista mexicano—sino los agravios hechos por el poeta de *Alma América* a la memoria del padre de Edwin, llamándole en una abominable carta «traidor a la Patria», insulto que como es natural, hizo hervir la sangre filial del joven Elmore, sangre que ahora será como un sinapismo, o como brasa para el pecho de José Santos.

No quiero ocuparme del asesinato, no quiero escribir en falso asegurando si fué un asesinato proditorio y cobarde o perpetrado en defensa propia, allá la justicia peruana es la que señalará responsabilidades.

El incidente Vasconcelos-Santos Chocano—descartando la muerte de Edwin Elmore—me ha sugerido algunas amargas acotaciones y más de una vez he pensado en que el ex-Ministro de Educación debía escribir un bello ensayo como el que escribió sobre los perfumes de Sevilla, o como *El mapa estético de Europa*; o cuando menos debía dictar unas pequeñas notas dedicadas a todas aquellas personas que él ayudó y formó, inventándolas muchas veces; con este título: *El arte de la adulación y la ética de la ingratitud*.

No cabe duda, que José Vasconcelos fué una de las más fuertes y brillantes columnas del Gobierno presidido por el General Obregón, Gobierno que dejó hondas huellas más que por otros capítulos, por su extenso programa realizado en beneficio de la educación de las clases populares y por su labor y afán inconmensurable de acercamiento espiritual entre todos los pueblos de este Continente. Ideas que se cristalizaron, ideas que se cuajaron aquí en forma de escuelas y de bibliotecas y en las repúblicas hermanas con un cordial intercambio.

Es imposible negar que el Ministro de Educación del Gabinete del General Obregón, tuvo desaciertos incontables, producto, tal vez, de su dinamismo [y si queréis, de su vanidad—el concepto que yo tengo de la vanidad es la conciencia absoluta de las cosas bien hechas con espíritu de sinceridad—, pero debemos confesar todos en un solo grito, que fueron más las virtudes de Vasconcelos, virtudes superlativas, que sus errores.

Ahora que él está lejos de la patria, ahora que hace un provechoso viaje de estudio por aquellas viejas tierras civilizadas que están al otro lado del mar, se habrá dado cuenta perfecta de sus equivocaciones y

estoy seguro que no se arrepentirá de ellas porque las llevó a cabo con toda la fe en que viene siempre envuelta una ilusión.

Sin embargo, José Vasconcelos, es uno de los más altos directores de educación que ha tenido y de que debe estar orgulloso el país, sin olvidar la fructífera labor de siembra, que hizo aquel otro mentor admirable que se llamó Justo Sierra.

En estos últimos tiempos en que tanto ha sonado el nombre y que se ha discutido tanto la personalidad de Vasconcelos, lo mismo en España que en México, lo mismo en el Perú que en la Argentina, las más veces admirándolo y otras rodeándolo de ofensas, me he hecho el cargo de las atribuciones que han de acibarar la vida viajera del Maestro de las juventudes de América; pesares que no podrán borrar de su espíritu, ni sus triunfos en tierras de Cervantes, ni las loas desinteresadas y justas y espontáneas hechas en su honor por las más gallardas plumas españolas; ni las arquitecturas de Persia, ni los paisajes de Italia, ni la cinta de plata del Danubio, ni la música de Hungría, ni la sonrisa de París.

Pero esa tristeza no creo que sea pro-

ducida por la lejanía de la Patria y mucho menos por las ofensas tabernarias que le escribió José Santos. No. Esa tristeza es más honda, su pena es más fría, más seca: es porque a través de la distancia, él se ha dado cuenta de la falta de memoria de los que aquí en México se decían sus amigos, de los que todos los días quemaban incienso en su honor, de los que él protegió, de los que él sacó de la nada. Esa su melancolía es porque ha comprendido que cuando fué Ministro se rodeó de favoritos eunucos, que ahora son incapaces de tener un gesto viril cuajado de agradecimiento.

Vasconcelos repartió favores a diestra y siniestra; a su sombra dos o tres llegaron a subsecretarios, otros fueron sus secretarios particulares, otros flamantes jefes de departamento; para todos ellos, en aquellas calendas, José Vasconcelos era el superhombre, pero ahora, ¡Dios los libre de salir a su defensa!

José Vasconcelos debe escribir, entre un artículo de estética y entre unos apuntes de viaje, un ensayo, o cuando menos unas notas sobre *El arte de la adulación y la ética de la ingratitud*.

GUILLERMO JIMÉNEZ

(*El Universal*, México, D. F.)

Ingratitud y Adulación

=De *El Universal*, México, D. F.=

ME invita un amigo muy estimable a que escriba un pequeño ensayo o aunque sólo sea unas notas sobre la Ingratitud y la Adulación. No puedo hacerlo, entre otras razones, porque no conozco ni la una ni la otra. No he padecido de ninguna de las dos enfermedades. Si alguien me aduló, en la época en que yo disponía del relativo poder, poder de prestado, de que en México dispone un Ministro, yo no me di cuenta de ello, pues seguramente, nadie lo hizo en mi presencia; si se decía bien de mí en mi oficina, seguramente esto ocurría por las afueras de mi despacho particular y aun allí, dudo mucho que haya quedado tiempo para gastarlo en loas. Donde tanto trabajo hubo no había tiempo para detenerse, ya no digo a adular, ni siquiera para tomar respiro. La suerte de adulación que con más frecuencia llegaba a mis oídos era, por ejemplo, saber que me llamaban «el lechero», porque algunas veces llegaba a las ocho de la mañana, una hora antes de la hora de apertura oficial y comenzaba a tocar los timbres para llamar jefes, muy cumplidos, pero que no siempre se presentaban antes de la hora debida. De los pintores, por ejemplo, recuerdo quejas; quejas de algunos menores, en el sentido de que yo los explotaba porque les exigía mucho trabajo y la remuneración era escasa. Yo les respondía que trabajasen por la gloria, ya que los gastos de guerra no nos permitían pagarles ni lo que gana un capitán. Las quejas de mucho trabajo y pocos emolumentos eran en general justas si se com-

para aquel personal con el de otras Secretarías. Sin embargo, se ha propalado la calumnia de que allá derrochábamos el dinero y se sigue hablando de estos derroches, no obstante de que nadie, hasta ahora, ha sido capaz de precisar en qué consistió, uno solo de aquellos supuestos despilfarros. El gasto más discutido, el de los pintores, nunca excedió de un simple sueldo, de un sueldo de taquígrafa, o de escribiente, pagado por pinturas que dejarán huella en la historia del arte mexicano. Sin embargo, se ha llegado a decir, como el más grave de los cargos formulados en mi contra, que yo derroché millones en pinturas. Se habla también de que derroché dinero en editar clásicos para un pueblo que no sabe leer; pero nunca se ha tomado nadie la pena de hacer números para ver que lo gastado en clásicos es insignificante y que el número mismo de los volúmenes de clásicos es pequeño si se compara con el millón de libros de lectura y el millón de silabarios y pequeños folletos y con los cien mil o más textos de Historia y algunos de Ciencia, sin contar con todo lo que quedó pendiente de un proyecto vasto y comprensivo, pero no más costoso que el simple traslado de un cuerpo de ejército, de Sonora, por ejemplo, a la capital; ¡qué digo un cuerpo de ejército, que el traslado de tres batallones! Se nos ha censurado, porque algún pintor llegó a ganar veinticinco pesos diarios y porque otros pintores ganaban ocho pesos diarios pero nadie se atreve a censurar a los funcionarios que han acumulado fortunas, sin

más industria conocida que la muy productiva entre nosotros, de la política militante y degollante. Esto es lo que a mí me amarga, amigo Jiménez, y no el recuerdo de adulaciones que, si existieron, no advertí, ni mucho menos la sombra de ingratitudes que no existen; no existen, primero, porque no hay lugar a gratitud, y segundo, porque ninguno de mis amigos ha quedado en falta conmigo. Ninguno me debe; todo lo contrario, más bien soy yo el que se siente en falta con ellos. En efecto, los induje; obligué a muchos a que dejaran ocupaciones lucrativas, para venir a colaborar en una empresa ingrata; la empresa es la ingrata; la opinión es la ingrata, mi querido Jiménez; mucho elogiar una obra, de cuya trascendencia ni cuenta verdadera se daban y después, la más absoluta indiferencia para el futuro de esa obra, para la consolidación de esa obra. Debo, no obstante, a muchos y entre ellos, a algunos de los mejores ingenios de la época, una colaboración que no pude pagarles con dinero, pero que muy ingenuamente supuse se les recompensaría con la estimación general. Ellos, como yo, han pagado el delito de querer superar al medio, padeciendo como yo de la calumnia vaga y lo que es peor, de la desesperanza y la injusticia. Contemplar el triunfo de la injusticia; eso es lo penoso y no por nosotros mismos, sino por el mal perdurable que esto acarrea a los pueblos. No por nosotros mismos, porque si sólo se tratase de vanidades, nada levanta tanto el pedestal del justo como verse rodeado de pícaros con éxito. Pero no se trata de construir vidas que sean, como bellas estatuas relativamente impecables; ya era tiempo de que el esfuerzo constructor comenzase a volverse fecundo; ya es urgente que entre nosotros la salvación sea colectiva. Yo podía haber paseado por el mundo la falsa gloriola de una labor educativa resonante; pero como yo mejor que nadie, sé lo que hizo falta, prefiero no hablar de aquello y si hablo digo que fracasamos por falta de ambiente y por falta de recursos; fracasamos, porque nuestro presupuesto, aun en los años de relativa abundancia, aun en el año glorioso en nuestros anales, de mil novecientos veintitrés, fue un presupuesto, relativamente, muy inferior al de la Argentina, al de Cuba, al de Colombia y al del Brasil. En materia de educación no hemos podido igualar ni siquiera a Costa Rica; ocupamos, por lo mismo, el quinto lugar del continente y somos, después del Brasil, el país más populoso, más extenso más antiguo, más obligado a ser culto de todo el continente español. Esto es lo que me duele, estimable Jiménez, y no ingratitudes supuestas de pobres amigos, que acaso tienen menos que yo, porque al fin y al cabo la gloriola fugaz de aquel heroico esfuerzo, en que ellos también pusieron alma y corazón, ha seguido brillando, sólo alrededor de mí y esto me abre a mí muchas puertas, mientras que ellos, tal vez sólo han heredado las odiosidades de los envidiosos y las burlas de los menguados. Si queremos que alguna vez se enderece el criterio en

nuestra patria, comencemos por deslindar bien claramente las responsabilidades; tan claramente como lo permite aquella situación. Yo hablaré más concretamente, cuando regrese a la patria; por ahora solo he querido precisar un punto que mi silencio hubiera vuelto todavía más confuso, el punto relativo a mis colaboradores. De ninguno tengo nada que sentir y de todos o casi todos estoy orgulloso. Los que no pusieron en aquel intento todo un gran ingenio, pusieron por lo menos un caudal de voluntad desinteresada. No hay uno que de allá saliera rico. Bien sé que, en los tiempos que corren, esto no es mérito sino tontería, pero a mí no me importan los tiempos que corren; por eso mismo, porque corren y con ellos pasará la basura que estorba el progreso. Por allí andan, casi todos mis mejores colaboradores, unos en el extranjero, cuando la patria debería reclamarles sus servicios; otros en posiciones mezquinas, y todo ¿por qué? ¿Por qué osaron construir! No agravemos, pues, la desorientación pública exhibiéndolos, así en masa, como aduladores y como ingratos; ni una ni otra cosa fueron. ¿Ingratos por qué? ¿Porque trabajaron mucho a cambio de sueldos que las Cámaras votaron? ¿Por qué no se acusa a los que medran al amparo de las gratificaciones y los extras que autorizan las facultades extraordinarias? No fue aquel Ministerio reino de compadres, sino colmena de hombres libres. No hay, pues, ni caso para la gratitud o la ingratitud personal que sólo se explican cuando el funcionario paga más que servicios públicos, lealtad personal y camaradería política.

Cita el señor Jiménez el caso de mis Subsecretarios. Dos Subsecretarios hubo en mi época nombrados ambos por el señor Presidente de la República. Del primero, el general y profesor don Francisco Figueroa, guardo el recuerdo más limpio y amistoso; pocos hombres he conocido tan leales a los principios de la moral y eso, más que la lealtad a los hombres es lo que hace falta entre nosotros, ya que la simple lealtad personal corre riesgo de convertirse en mera complicidad. El otro Subsecretario tampoco pudo ser tachado por nadie de falta de honradez administrativa; fué leal a quien lo nombró y los motivos de desagrado que yo con él tuve después de mi salida del Ministerio, los hice públicos y basta. No hay razón, pues, para aludirlos; menos aún hay motivo de censura contra miembros menos significados de aquel ejemplar personal.

¿Que no me han defendido de ciertos ataques personales? Pero mi querido Jiménez, ¿cuando un ebrio sale de la taberna, injuriando a todo el que pasa por la calle, porque se figura que lo miran mal, procede acaso irlo a retar? En todo caso se le sujeta para que no haga daño, pero no se discute con él. Chocano es un ebrio de vanidad y ahora se le ha subido al cerebro la sangre que derramó, ¿como quiere usted que con él se discuta? Así que lo suelten, habrá que cuidarse de que no vuelva a *madrugarse*, eso es todo. Amigo Jiménez,

mi tragedia no es la que usted supone, mi pequeña tragedia procede de la pequeñez de los adversarios que me salen al paso. A fin de no empequeñecernos todavía más, dejémosnos de hablar de gratitud y de ingratitud. Hay no sé qué de femenino en toda queja que procede del corazón lastimado por el olvido ajeno. Estamos tan bien, cada uno, solotes y sanos, que no es menester andarse rasgando la entraña para sacarle deliquios sentimentales. Bastante necesita de todas nuestras lamentaciones airadas, el estado lamentable de nuestros asuntos nacionales! ¡Guardemos las Jeremiadas para la Nación! ¡Para el continente que gime bajo el peso de sus errores y de sus crímenes, mientras un enemigo natural, un enemigo fortalecido por nuestras culpas, acecha tranquilo y espera a que el fruto de sólo podrido se caiga!

J. VASCONCELOS

7, Rue Chasseloup-Laubat. PARIS.

Fe de erratas

Erratas del artículo del Dr. Felipe Ibarra que se publicó en el número próximo anterior de esta revista con el título de "Observaciones a la Real Academia Española".

La oración contenida en las líneas 56 a la 59, página 318, 1.ª columna, párrafo 5.º y que dice: «Por consiguiente el complemento con la mejor buena fe equivale exactamente a la expresión con la más buena fe», debe corregirse así: «Por consiguiente el complemento con la mejor buena fe equivale exactamente a la expresión con la más buena buena fe», que está en el original y que es la «albarda sobre albarda» de que habla el autor.

En la línea 36, página 319, 1.ª columna, párrafo 3.º, donde dice: «es para mis coterráneos», debe leerse: «esa para mis coterráneos»; y en la línea 37, párrafo 2.º y 2.ª columna de la misma página 319, en que se estampó «sarde», léase «sardo».

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas
y Documentos.

Publicado por

GARCÍA-MONGE

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00

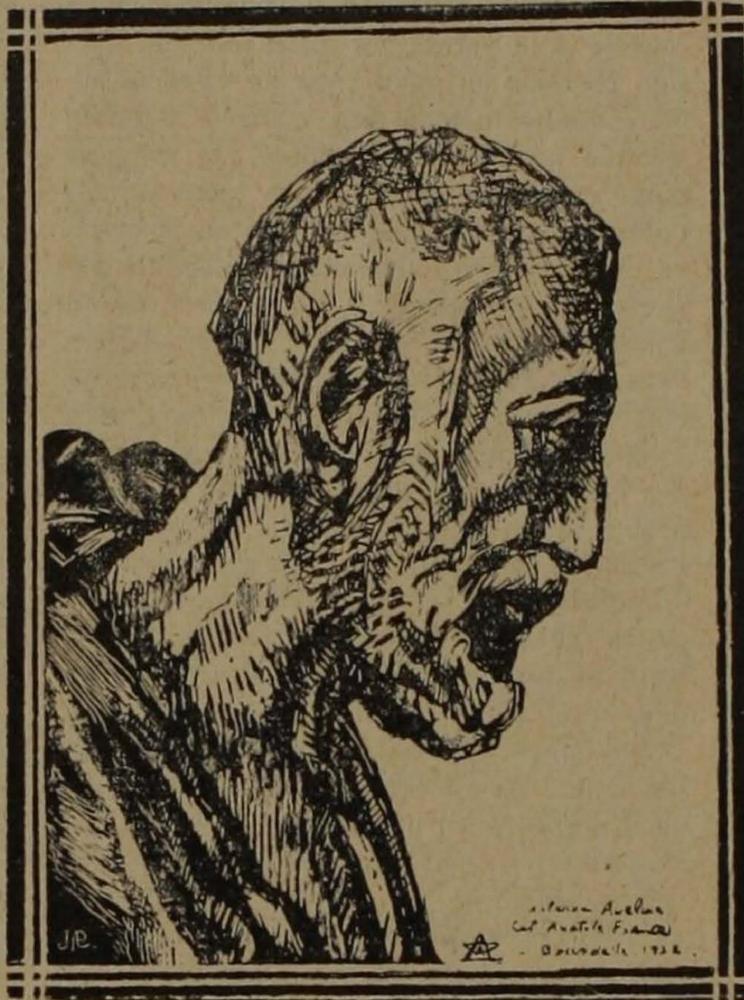
En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Musas y Hadas

EN el cielo literario de las Galias, sus observadores continúan enfocando la estrella de primera magnitud que lleva el nombre de Anatole France. Su fulgor, cada día más intenso, incita a descomponerlo en franjas espectrales, para averiguar a qué es debida su misteriosa calidad. Ya conoceréis, sin duda, los principales resultados de esos estudios: la reedición del libro de Paul Gsell (*Propos d'Anatole France*), publicado por vez primera en vida del maestro, y los comentarios y recuerdos póstumos de Brousson (*Anatole France en pantoufles*), de Le Goff (*Anatole France a la Béchellerie*), de Ségur (*Conversations avec Anatole France*), de Cor-day (*Dernières pages inédites d'Anatole France*) y de Girard (*La Jeunesse d'Anatole France*). Algunos de esos análisis químicos incluso arrojan la existencia de escorias en el astro observado. No importa: las manchas del Sol no hacen más que encarecer todavía su luminosa potencia.

Ahora mismo acaban de publicarse en Francia nuevos datos. Son debidos a una dama, y sus observaciones me parecen en general muy superiores a las de los hombres que la precedieron. *Le salon de madame Armand de Caillavet*, escrito por madame Jeanne Maurice-Pouquet, es el libro más interesante y quizás el único necesario de cuantos acerca de Anatole France han aparecido después de su muerte. Es algo mejor que un rosario de anécdotas, por graciosas que sean, o un manojito de comentarios, por acertados que estén. Es la introducción al conocimiento de un aspecto esencial para comprender la obra del gran maestro: del clima en que se produjeron sus mejores frutos y del hada amiga que los regó y cuidó con mil desvelos, con un amor casi fanático, hasta verlos maduros.

Esta hada fué madame De Caillavet. En su famoso salón de gran burguesa parisiense, Anatole France encontró, pasados ya los cuarenta años, la atmósfera mundana que necesitaba su espíritu inicialmente demasiado tímido, refinado y libresco. Y en la dominadora amistad de esa mujer halló la energía para producir, casi la coacción que su nativa indolencia y su incurable pereza requerían. Sin ninguna exageración puede decirse—en la medida en que el desarrollo del temperamento depende de los estímulos exteriores—que si Anatole France no se atascó ni se estancó en plena madurez, si llegó a



Anatole France

escribir sus obras más perfectas, fué gracias a madame de Caillavet, al hada imperiosa que le vigilaba, le impulsaba y le sostenía.

De hoy en adelante, después de las observaciones de madame Jeanne Maurice-Pouquet, los astrónomos notarán para siempre en el cielo literario de Francia, que al lado de la estrella radiante del autor de *Thaïs*, debe tenerse en cuenta un pequeño, femenino, casi invisible, pero indispensable satélite.

* *

Siempre que oigo decir aquello tan frecuente de que Francia ha sido la heredera directa de Grecia, y París la ciudad sucesora de Atenas, se me ocurre una objeción, o cuando menos una distinción que para mí es de primer orden: la incomparable femineidad de París y de Francia. Grecia y Atenas fueron, con todas sus gracias, exclusivamente viriles. París y Francia son mujer, son lo más femenino que ha habido en el mundo. La femineidad francesa es algo tan importante, tan insustituible, que sin ella no se concibe Francia. Si París es la Atenas moderna, en todo caso su diosa protectora no nació, como la Pallas Atenea, de la cabeza de Zeus, sino del blanco seno de Afrodita.

En ningún otro país europeo el espíritu de sociabilidad y el gusto de la sociedad, cualidades genuinamente femeninas, están, desde hace siglos,

tan desarrollados como en Francia. Y en ninguna otra parte la literatura—que es el mejor espejo de las costumbres—ha sido y es menos «genial», menos individualista, porque ante todo es allí un producto colectivo, una expresión de la sociedad. En Francia no hay genios literarios, personalidades abruptas y casi inasequibles a la mayoría, que rompan con el medio envolvente y descuelen por encima de él con un relieve en cierto modo monstruoso. En Francia incluso el genio está socializado. Por esto ninguna otra literatura puede presentar, como la francesa, una tan ininterrumpida y densa serie de obras maestras, perfectas, y sin embargo llanas, jamás detonantes ni rebosantes, siempre encajadas con arte exquisito en su correspondiente panorama social.

La mujer ha sido la principal obrera de esta fusión armoniosa. De ahí también la insuperada continuidad de la novela francesa, desde el siglo xvii hasta nuestros días, porque la novela es el género literario femenino por excelencia (un chismorreo o comadrería de alto estilo), y su tema

capital, el amor, es el más delicado acicate de las sociedades cultas y refinadas. Cuando se coge, por ejemplo, la primera gran novela francesa moderna, *La Princesse de Clèves*, de madame De Lafayette (1678), asombra contemplar la capacidad y la calidad del análisis amoroso en una obra que sólo iniciaba un género. En muchas otras literaturas europeas no se ha conseguido todavía, en 1926, un refinamiento intelectual y sentimental comparable al que revela aquella obrera de una mujer francesa del siglo xvii. Y es que en el siglo xvii la vida de sociedad había ya alcanzado en Francia un desarrollo y una sensibilidad que no han logrado aún, ni probablemente lo alcanzarán nunca, otros pueblos europeos. Desde madame de Lafayette hasta Marcel Proust, la vivisección del alma humana, en el terreno erótico, ha continuado en Francia sus incesantes estudios. No es de extrañar que esta ciencia francesa alcance, en manos de su último gran representante, profundidades geniales y amplificaciones patológicas que a menudo desconciertan a los extranjeros.

Pero lo más admirable de la intervención femenina en la formación de la sociedad y de la literatura francesas, es su presencia constante al lado de los grandes escritores, no solamente al lado de su corazón, sino también a la vera de su inteligencia.

(Pasa a la página 332).

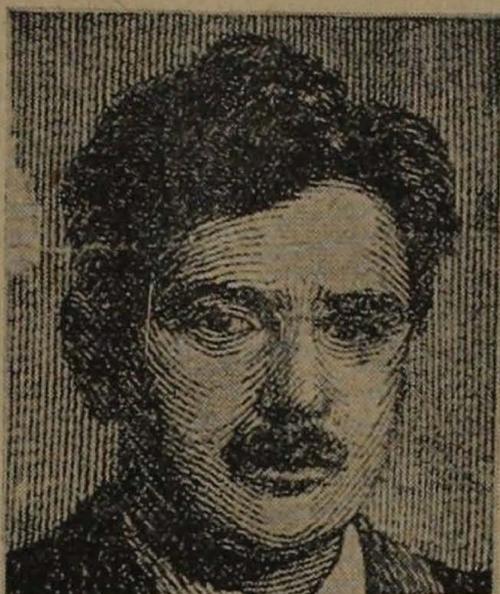
DE los tres grandes Frank contemporáneos, Ralph Waldo Frank es el más próximo a la consciencia y a los problemas de la nueva generación hispano-americana. Henri Frank, el autor de *La Danse devant l' Arche*, muerto hace algunos años, a quien todos los hombres de hoy consideramos, sin embargo, tan nuestro y tan actual, pertenece demasiado a Francia. Este escritor admirable por su espíritu y su sensibilidad, sentía la crisis humana en la crisis francesa. Leonhard Frank, el autor de *Das Menchs ist gust*, escribe en un lenguaje expresionista para un mundo espiritualmente lejano y distinto. Ralph Waldo Frank, en cambio, es un hombre de América.

Ninguno de los libros de Waldo Frank ha sido hasta ahora, que yo sepa, editado en español. Sólo una élite los conoce. El público hispano-americano no sabe casi nada de Waldo Frank. *La Revista de Occidente* ha publicado en uno de sus últimos números un ensayo de este gran contemporáneo. Un año antes *Valoraciones*, la excelente revista del grupo «Renovación» de La Plata y otros órganos del continente habían revelado a Frank a sus lectores publicando el sencillo y hermoso mensaje a los intelectuales hispano americanos de que fué portador en 1924, el escritor mexicano Alfonso Reyes¹. En suma, apenas unos pocos fragmentos y cuantas noticias de una obra ya ilustre y copiosa que ha dado a su autor merecido renombre en Europa.

Es cierto que la literatura y el pensamiento de Estados Unidos, en general, no llegan a la América Española sino con mucho retardo y a través de pocos espécimens. Ni aún las grandes figuras nos son familiares. Jack London, Theodore Dreiser, Carl Sandburg, vertidos ya a muchos idiomas, aguardan aún su turno en español. Henry Thoreau, el puritano de *Walden*, el amigo de Emerson, permanece ignorado en esta América. Lo mismo hay que decir de Royce, Dresser y de otros filósofos. Hispano América no los lee. Lee, en cambio, a pasto, al señor Marden, cuyo pragmatismo barato, de fácil y vasto consumo en la clase media, constituye uno de los productos más conocidos de la manufactura norteamericana.

Pero Waldo Frank puede y debe ser una excepción en el retraso con que llegan a esta América «que aún habla en español»,—cuando son las del señor Rowe—las ideas y las emociones norteamericanas. Existe un motivo para esta excepción. Waldo Frank,

Waldo Frank



Por

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

—que en su penetrante ensayo *El Español*, capítulo de su próximo libro *Virgin Spain*¹, demuestra una aptitud tan genial para penetrar en el alma y la historia de un pueblo y un conocimiento tan hondo de la psicología y la sociología españolas—es autor de un libro que encierra en sus páginas la más original e inteligente interpretación de los Estados Unidos: *Our America*. Y no me parece posible dudar que la actitud de los pueblos hispano-americanos ante los Estados Unidos debe apoyarse en un estudio y una valoración exactos del fenómeno yanqui. De otro lado, Waldo Frank es un representante de la inteligencia y el espíritu norteamericanos que hablan así a los intelectuales de Hispano América: «Debemos ser amigos. No amigos de la ceremoniosa clase oficial, sino amigos en ideas amigos en actos, amigos en una inteligencia común y creadora. Estamos comprometidos a llevar a cabo una solemne y magnífica empresa. Tenemos el mismo ideal: justificar América, creando en América una cultura espiritual. Y tenemos el mismo enemigo: el materialismo, el imperialismo, el estéril pragmatismo del mundo moderno. Las fuerzas de explotación y de muerte espiritual están unidas en todo el mundo. Si las fuerzas de la vida creadora tienen que prevalecer contra ellas, también deben unirse. Este es el cruento problema de nuestros siglos; y es un problema tan antiguo como la historia».

En uno de mis artículos sobre ibero-americanismo, he repudiado ya la concepción simplicista de los que en los Estados Unidos ven sólo una nación

manufacturera, materialista y utilitaria. He sostenido la tesis de que el ibero-americanismo no debía desconocer ni subestimar las magníficas fuerzas de idealismo que han operado en la historia yanqui. La levadura de los Estados Unidos han sido sus puritanos, sus judíos, sus místicos. Los emigrados, los exiliados, los perseguidos de Europa. Ese mismo misticismo de la acción que se reconoce en los grandes capitanes de la industria norteamericana ¿no desciende acaso del misticismo ideológico de sus antepasados?

Y bien, Waldo Frank se siente «portador de la verdadera tradición americana». No es cierto que esta tradición esté representada en nuestro siglo por Roosevelt, Morgan y Ford. En las páginas de *Nuestra América*, Waldo Frank nos enseña en dónde y en quiénes está la fuerza espiritual de los Estados Unidos. En su mensaje a la inteligencia ibero-americana dice: «Nosotros, la minoría de los Estados Unidos, que se dedica a la tarea de dotar nuestro país de un espíritu digno de su magnífico cuerpo, sentimos que somos la verdadera tradición americana... En una generación más sencilla, Whitman, Thoreau, Emerson, Lincoln, representan esa tradición; en un medio más complejo y difícil de manejar, nuestra generación encarna el Verbo. Todavía estamos diseminados en pequeños grupos en mil ciudades; todavía tenemos poca influencia en asuntos políticos y de autoridad; pero estamos creciendo enormemente; estamos apoderándonos de la juventud del país; disponemos del poder de persuasión de la fe religiosa; tenemos la energía del afecto, tenemos la permanencia de la verdad; disponemos, por decirlo así, del futuro».

Nuestra América no es un libro de historia en la acepción común de este vocablo; pero sí lo es en su acepción profunda. No es crónica ni análisis; es teoría y síntesis. En un bosquejo de pocos y sobrios trazos, Waldo Frank nos ofrece una acabada imagen espiritual de los Estados Unidos. Mas que explicar, su libro quiere sugerir. Y lo logra admirablemente. «No escribo una historia de las costumbres: menos aún una historia de las letras—dice Frank en su prólogo. Si me he detenido largamente en ciertos escritores y ciertos artistas, lo he hecho tal como el dramaturgo elige, entre las palabras de sus personajes, las más saltantes y las más significativas para hacer su pieza. He escogido, he omitido, con la mira de sugerir un vasto movimiento por algunas líneas que puedan asir y retener algo de la solidez de la vida». Waldo Frank no se preocupa sino de las verdades fundamentales.

1. En el número 20 del tomo 8 del REPERTORIO AMERICANO, está publicado el Mensaje de WALDO FRANK a los escritores mexicanos. N. del E. del R. A.

1. Ya publicado. Lo hemos recibido hace poco del Autor, y a mucha honra, por cierto. N. del E. del R. A.

Con ellas compone una interpretación de todo el fenómeno norteamericano.

Este libro tiene, además, el mérito de no ser un producto de laboratorio. Su génesis es sugestiva. Waldo Frank lo dedica en el prólogo a Jacques Copeau y Gastón Gallimard quienes, en una visita a los Estados Unidos, suscitaron en su espíritu el deseo y la necesidad de encontrar una respuesta a las interrogaciones de una curiosidad inteligente y acendrada. Copeau y Gallimard plantearon a Waldo Frank con sus preguntas «el problema enorme de llevar la luz hasta las profundidades vitales y escondidas para hacer surgir en su energía y su verdad el juego de una vida articulada». En el discurso de sus conversaciones con sus amigos franceses Waldo Frank vió que *América era un concepto por crear*.

Waldo Frank señala al *pionnier*, al puritano y al judío, como los elementos primarios de la formación de Norte América, El *pionnier*, sobre todo, es el que da su totalidad al pueblo, a la sociedad, a la vida yanquis. El espíritu de Estados Unidos se precisa a lo largo de su historia, como un espíritu pionnier. El *pionnier* se asimila al puritano.

«Bajo la presión de las necesidades del *pionnier*,—escribe Frank—absorbida toda la energía humana por el empirismo, la religión se materializó. Las palabras místicas subsistieron. Pero en el hecho, la cuestión de vivir era el mayor problema. La religión debía ayudar a resolverlo». En este terreno de la acción y de la utilidad, el espíritu puritano y el espíritu judío se combinaron y se entendieron fácilmente. Waldo Frank sigue la trayectoria de este acuerdo que no es a él al primero a quien se revela. También en Europa se ha advertido la concomitancia de estos dos espíritus en el desarrollo de la civilización occidental. Piensa Frank certeramente que en el fondo de la protesta religiosa del puritano se agitaba su voluntad de potencia. Un escritor israelita italiano define en esta sola frase toda la filosofía del judaísmo: *l'uomo conosce Dio operando*. La cooperación del judío y del puritano en el proceso de creación del capitalismo y del industrialismo se explica así perfecta y claramente. El pragmatismo, el utilitarismo de los gregarios de dos religiones, severamente moralistas, nace de su voluntad de acción y de potencia. El judío y el puritano, por otra parte, son individualistas. Aparecen en consecuencia, como los naturales artifices de una civilización, cuyo pensamiento político es el liberalismo y cuya praxis

económica es la libertad de comercio y de industria.

La tesis de Waldo Frank sobre Estados Unidos nos descubre una de las virtudes, una de las prestancias del nuevo espíritu. Frank, en el método y en el concepto, en la investigación y en el resultado, se muestra a la vez muy realista y muy idealista. El sentido de la realidad no perjudica su lirismo. Este exaltador del poder del espíritu sabe afirmar bien los pies en la materia. Su obra prueba concreta y elocuentemente la posibilidad de acordar el materialismo histórico con un idealismo revolucionario. Waldo Frank emplea el método positivista. Pero, en sus manos, el método no es un instrumento. No os sorprendáis de que en una crítica del idealismo de Bryan razone como un perfecto marxista y de que en la portada de *Our America* ponga estas palabras de Walt Whitman: «La grandeza real y durable de nuestros Estados será su Religión. No hay grandeza durable ni real, no hay vida, no hay carácter que merezca este nombre, fuera de la Religión».

En Waldo Frank, como en todo gran intérprete de la historia, la intuición y el método colaboran. Esta asociación produce una aptitud superior para penetrar en la realidad profunda de los hechos. Unamuno modificaría probablemente su juicio sobre el marxismo si estudiase el espíritu—no la letra—marxista, en escritores como el autor de *Nuestra América*. Waldo Frank declara en su libro: «Nosotros creemos ser los verdaderos realistas, nosotros que insistimos en que el Ideal es la esencia de toda realidad». Pero este idealismo no empaña su mirada con ninguna bruma metafísica cuando escruta el panorama de la historia de los Estados Unidos. «La Historia de la colonización—escribe entonces—es el resultado de los movimientos económicos de las metrópolis. No hay nada, ni aún ese gesto casto, el puritanismo, que no haya nacido de la inquietud en que la situación agraria e industrial arrojaba a Inglaterra. Si América fué colonizada, es porque Inglaterra era la rival comercial de España, de Holanda y de Francia. Si América fué colonizada, es, ante todo, porque el fervor espiritualista de la Edad Media había pasado el tiempo de su florecimiento y por reacción se transformaba en un deseo de grandeza material. El sueño del oro, la pasión de la seda, la necesidad de encontrar una ruta que condujese más pronto a las riquezas de la India, todos los apetitos de las naciones sobre-pobladas derramaron hombres y energías sobre el suelo de América. Las primeras colonias establecidas sobre la costa oriental, tuvieron por ley la ad-

quisición de la riqueza. Su revuelta contra Inglaterra en 1775 iniciaba una de las primeras luchas abiertas entre el capitalismo burgués y la vieja feudalidad. El triunfo de las colonias, de donde nacieron los Estados Unidos, marcó el triunfo del régimen capitalista. Y desde entonces América no ha tenido ni tradición ni medio de expresión que haya sido libre de esta revolución industrial a la que debe su existencia».

Estos son algunos escorzos del pensador. La personalidad de Waldo Frank apenas queda esbozada desde un punto de vista. El crítico, el ensayista, el historiador,—historiador sí, aunque no haya escrito lo que ordinariamente se llama historia—es además novelista. Su novela *Rahab* es una de las más exquisitas novelas que he leído el año último. Novela psicológica sin la morosidad morbosa de Proust. Novela pasionante e impresionantemente humana y poética. Y muy moderna y muy nueva. El drama de *Nuestra América* está íntegro en su conflicto y en sus protagonistas. La inspiración religiosa, idealista, no varía. Sólo la forma de expresión cambia. El pensador logra una obra de arte; el artista logra una obra de pensamiento.

J.C.M.

(El Norte, Trujillo. Perú).

Credo de la Vida

Término de la vida no es la muerte, no es tampoco su gran finalidad...! ¡Vivamos nuestras horas de tal suerte que olvidando la muerte, exaltemos la vida que nos da sus magníficos dones, y vivamos el amor, la alegría, la bondad, todo lo que es más noble en nuestra vida, todo lo que sintamos ser nuestra inmovible Realidad!

CARLOS LUIS SAENZ

San José, Agosto 5 de 1925.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

La balada de mis hermanitos lustradores

Los limpia-botas, duques de la gitanería, alegres Cortadillos, traviesos Rinconetes, merecen doce palos de la mayor cuantía, puesto que son bribones, granujas y pilletes.

El señor Monipodio, la célebre Montiel y también la Camacha, ... recordando lugares comunes de la parda, regocijada escuela, en las siempre vividas Novelas Ejemplares...

Son estos limpia-botas muy buenos aprendices de ladrón, así gritan, los periódicos graves; los señores ministros orondos y felices, henchidos, viento en popa, como si fuesen naves,

dicen: ¡Así me gusta! Los buenos periodistas deben ladrar ahora, con ladridos de perro, por la sagrada causa de los capitalistas, por el dios amarillo de las cajas de hierro.

Jesús habría dicho: Mínimos preferidos, humildes limpia-botas, hermanitos menores, odres completamente limpias, vuestros oídos y mis palabras, vino de los tiempos mejores.

Ahora que recuerdo, para estos limpia-botas, Villon nos dió sus versos, su prosa Rabelais y Cervantes, voz llena de pintorescas notas, un eco de pilletes y de granujas fué.

Skakespeare el gran maestro de poetas humanos, en todos los aspectos, ayer, mañana y hoy, en Black Friars, teatro de los «Negros Hermanos» fué jefe de pilletes llamados Skakespeare Boys.

Incontables pilletes, hubo en las muchedumbres, que siguieron los pasos del Maestro Divino. ¡Qué broche d'esmeraldas fueron sus masedumbres, para cerrar los mantos oscuros del destino!

Se afana el limpia-botas y quedarán pulidos los hombres, aunque sea con brillo de los pies. Es Parábola, donde claros y resumidos, vemos todos los tiempos prehistóricos. Es

la prehistoria, como la historia, movimiento de pies que van y vuelven. ¡Que me tiendas la pata, querido hermano lobo! ¡enclavado, sangriento, el Dueño de la Mano divina que rescata!

El hombre que blasfema tiene pies en la boca, todos los Vargas Vila, vesánicos enfermos, de furia Volteriana, desesperada y loca escriben con pie firme, brutal de paquidermos.

El hombre de las fauces abiertas, usurero, el de las dos personas, bilingüe bicolor, el de voz golpeada, sin modos, altanero y malo siete veces, el abandonador...

Y otros que yo no quiero mencionar por ahora, ¿qué son, sino continuo movimiento de pies? Las Manos de Jesús Príncipe de la aurora! ¡Estas sí! dice Pablo, reclaman interés.

El señor Monipodio, la célebre Montiel y también la Camacha, ... recordando lugares comunes de la parda, regocijada escuela, en las siempre vividas Novelas Ejemplares...

A. H. PALLAIS, Pbro.

León de Nicaragua, 1926

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales
Organo de la Secretaría de Educación
Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número. suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica
y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Elogio del silencio

SILENCIO ES recordar que toda palabra tiene un hoy y un mañana; es decir, un valor del momento, y un alcance futuro, incalculable.

Silencio es recordar que el valor de la palabra que pronuncio, no tanto viene de su propia significación ni de la intención que yo le imprimo, cuánto de la manera con que la comprende quien la oye.

Silencio es recordar que los conflictos se resuelven mejor callando que no hablando, y que el tiempo influye más en ellos que las palabras.

Silencio es reprimir la injuria que iba a escapársenos, y olvidar la que nos iniirieron.

Silencio es recordar que sería libre hoy, si no hubiese dicho la palabra de ayer, y que la palabra de hoy será mi cadena de mañana.

Silencio es recordar que si hubiese diferido una hora sola mi juicio sobre tal persona o suceso, en esa hora pudo llegar un dato nuevo, que hiciera variar aquel juicio temerario o cruel.

Silencio es recordar que el simple hecho de repetir lo que otros dicen, es formar la avalancha que luego arrastra la reputación y la tranquilidad de los demás.

Silencio es no quejarse, para no aumentar las penas de los otros.

Silencio es decir *hice* en vez de *haré*.

Silencio es recordar que la palabra, al pronunciarse se lleva una parte de la energía necesaria para realizar la idea que ella encarna.

Silencio es no exponer la idea o el plan a medio concebir, ni leer la obra en borrador, ni dar como criatura viviente lo que es apenas un anhelo.

Silencio es la semilla, y por eso germina.

Silencio es la raíz, y por eso sostiene.

Silencio es la savia, y por eso alimenta.

Silencio es recordar que si para nuestras cuitas y esperanzas es nuestro corazón un relicario, el corazón ajeno puede ser una plaza de feria y hasta un muladar.

Silencio es el capullo donde la oruga se cambia en mariposa, y silencio es la nube donde se forma el rayo.

Silencio es concentrarse, seguir la propia órbita, hacer la propia obra, cumplir el propio designio.

Silencio es meditar, medir, pesar, aquilatar y acrisolar.

Silencio es la palabra justa, la intención recta, la promesa clara, el entusiasmo refrenado, la devoción que sabe adonde va.

Silencio es *ser uno mismo*, y no

tambor que resuene bajo los dedos de la muchedumbre.

Silencio es tener un corazón de uno, un cerebro de uno, y no cambiar de sentimiento o de opinión, porque así lo quieran los demás.

Silencio es hablar con Dios antes que con los hombres, para no arrepentirse, después, de haber hablado.

Silencio es hablar uno calladamente con su propio dolor, y contenerlo hasta que se convierta en sonrisa, en plegaria o en canto.

Silencio es, en fin, el reposo del sueño y el reposo de la muerte, donde todo se purifica y restaura, donde todo se iguala y se perdona.

ALBERTO MASFERERR

San Salvador.
1925.

Musas y Hadas

(Viene de la página 328).

En ninguna otra literatura occidental la mujer figura tanto ni con tanta eficacia. En Francia son innumerables los escritores de primer orden cuyos nombres, al ser pronunciados, sugieren en seguida, como una resonancia inevitable, otro nombre suave de mujer. Recordemos siquiera algunos: La Rochefoucauld-madame de Lafayette, Rousseau-madame d'Épinay, Voltaire-madame du-Châtelet, D'Alembert-mademoiselle de Lespinasse, Constant-madame de Staël, Chateaubriand-madame Recamier, Renan-mademoiselle Henriette Renan... Y hasta hace poco, en nuestros mismos días, la fecunda amistad intelectual de Anatole France con madame de Caillavet.

En todas partes las mujeres son Musas. Francia es el país en donde a menudo sirven, además, de Hadas bienhechoras.

* *

Quizás España podría dar, por el contrario, el ejemplo cabal de una gran literatura aparecida casi por completo al margen de la feminidad. Las letras castellanas se cuentan entre las más bellas y originales del mundo. Mas yo no recuerdo en ellas ni un solo caso memorable en que la obra literaria de un gran hombre haya brotado al calor de la solícita inteligencia de una gran mujer. Si se hubiese dado en la literatura castellana un problema como el que planteó la peligrosa madurez de Anatole France, lo más probable habría sido que el genio del escritor, falto del inteligente y femenino estímulo que necesitaba, se hubiese quedado en capullo.

Así como la novela francesa moderna es el fruto de una sociedad feminizada hasta sus raíces, lo más típico de la novela castellana consiste en ser la expresión literaria de otra sociedad radicalmente distinta de aquélla y más que viril, hombruna. En este sentido, la novela picaresca española podríamos decir que es un género literario «sólo para hombres». Durante el siglo XIX las influencias francesas se dejaron sentir hondamente en la literatura castellana y por manera especial en la novela. De ahí la sensible modificación que ésta acusó en su manera de observar y reflejar las costumbres, dando cabida a los problemas sexuales y una cierta importancia al papel de la mujer. Pero incluso hoy mismo—y de ello da buena prueba la interesante y tan española personalidad de Pío Baroja—tenemos magníficos ejemplos de novelística debida a temperamentos racialmente misóginos, o que por lo menos tienden a descartar y relegar la feminidad a planos secundarios.

La mujer española interviene poquísimamente en nuestra vida espiritual. Dotada de grandes virtudes cordiales y domésticas, por lo común carece de apetencias intelectuales y de actividades públicas. La educación que viene recibiendo secularmente confina su panorama mental mediante recias y altas vallas religiosas y familiares. Todas las españolas pueden ser ocasionalmente Musas pasivas e inspiradoras de una obra literaria. Es casi imposible que sus gustos, su educación y la rudimentaria vida de sociedad que practican les permitan ser, al propio tiempo, Hadas instigadoras de una vocación artística y agentes activos de su desarrollo.

La separación de los sexos, que en el terreno social está tan marcada en España, se hace más patente todavía en el orden de la inteligencia. El *Quijote*, que encierra una imagen tan profunda de la sociedad española—no sólo de la de su tiempo, sino también de muchos aspectos de la nuestra—refleja genialmente en sus páginas esa típica ausencia de la feminidad. En la novela más grande que ha producido España la mujer, salvo su función tradicional de esposa, parienta o ama de la casa del hombre, sólo aparece bajo dos formas extrasociales: como aventura de celo vulgar, a lo Maritornes, o como ensueño fantástico, a lo Dulcinea.

GAZIEL

(El Sol, Madrid).

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Los paseos en el Guanacaste

LA excursión se organizó sin saber cómo ni a qué horas: alguna frase incidental, cualquier cosa, al claror amarilloso de tal cual carbura, sugirió la empresa; y el segundo sábado de este mayo, a las tres de la mañana, una carreta colmada de señoritas, varios ginetes y no pocos peatones, nos reuníamos en la plaza principal de Santa Cruz, bajo el sosiego de la luna nueva, que apenas se insinuaba como el filo ligeramente oxidado de un alfanje.

Y de allí, ya en charla franca, partimos hacia el fresco pueblecito de San Juan, en donde otras personas agrandaron el grupo, más ginetes, más peatones; y, de este modo, más entusiasmo reverberante como una agua clara.

Con deseos de que el sol llegase retardado, reanudamos seguidamente la marcha, alegres unos con el jarro de café negro, otros con el vaso de leche todavía espumosa y quien con el sorbo de vino reparador. De aquí en adelante fué cuando empezamos a conjeturar la seriedad de nuestra excursión: pronto desaparecerían las carreteras planas, los trillitos de arena, los montículos de jocoso declive; ya vendrían la pendiente, la ascensión alpinesca, la oxidación de los músculos... Nos miramos unos a los otros, cual si deseásemos dar con un rostro afligido de antemano; y, así, cada uno ateniéndose a sus propias fuerzas, el grupo se alargó por la calle amplia, hacia la montaña, en cuya cúspide, a centenares de metros de altura, lucía una mata de coyol su figurilla de alfiler.

Y en ese desfile de romeros devotos de la naturaleza, iban Evarista Pérez, María Alvarado, Rosario Hidalgo, María Gutiérrez, Natalia Romero, Hortensia Villarreal, Joaquina Arrieta, Olda y Rosa Bonilla; José María Vega, Octavio Rodríguez, José Angulo, Ignacio Barahona, Carlos y Ulises Ugalde, Justo Matarrita, Aníbal Montero, Antonio Carmona y el del cuento.

El sol nos encontró en los primeros peldaños del promontorio.

El punto de nuestras miras, en donde tendría fin nuestro paseo, se llama por antonomasia La Montaña. Pertenece a una cordillera que ondula entre Santa Cruz y Nicoya—los Cerros de San Blas—, alcanzando en algunas prominencias los setecientos metros sobre el nivel del mar; pero, de tan fuerte declive, que las bestias mismas se sofocan, si no cuando suben, a la hora del descenso, en el cual es difícil sostenerse.

La carretera que ha de llevarlo a uno, sale de la ciudad de Santa Cruz, rumbo al sur, polvorienta durante el verano y fangosa con los inviernos inmisericordes de la provincia; atraviésanla los cauces secos de los ríos *De en medio* y *San Juan*, cargados de piedras menudas, pulidas por el agua que vierte sobre ellas la lluvia, en seis meses del año, hasta desbordarla sobre el camino y los sembrados.

Con más de sesenta minutos de tiempo, llégase al pueblecito de San Juan, con sus casucas dispersas, con su plaza alrededor de la cual se congregan unas cuantas casas principales: y sobre todo, con aquel su panorama, en frente, de La Montaña, cuyos menores detalles déjense ver con la transparencia de ciertas horas del crepúsculo. Las diferentes alturas emocionan; y alguna reverencia despiértase en nosotros, ante la diminuta palmera con que remata el punto más alto, congestionado casi siempre de azulosas neblinas.

Es aquí donde se toman las últimas medidas de prevención entre los viajeros. Guárdanse las carretas, inútiles en las próximas veredas; los temerosos alquilan bestias de los vecinos; las señoritas desmontan sus *polcas* y los peatones se abastecen de cigarrillos y pasas californianas: la alegría no por eso mengua; la naturaleza, en toda su exuberante desnudez, es algo así como un vapor benéfico que enardece los espíritus.

Siempre hacia el sur, la carretera parte de la plaza del pueblo, alegre, amplia, extensa; pensárase que la novedad en los semblantes de las visitas, vivifica en ella no sé qué frivolidad primaveral.

A poco, en las distancias, la aurora prende gasas de oro fino. El camino se angosta y presenta los primeros declives; el frescor se acentúa. La fertilidad del terreno es otra, más enmarañamiento, mejor promiscuidad y un olor a tierra fresca que justifica la excursión.

De cuando en cuando aparecen en algún recodo del camino grupos de montañeros, yendo para la *vía*, cuyos zurriones muévense con lento isocronismo, al paso de sus caballejos:

—¡Buenos días, señores...!

¿Cuántos metros hay sobre el nivel del mar? Encuéntrase disparidad en los datos existentes a ese respecto; nuestras geografías, deficientes en ese sentido, no dicen una palabra.

La altura, quizás, no alarme a nadie; la pendiente, si... Pocos grados faltan

en la inclinación del terreno para que sus paredes estén perpendiculares; y son, además, cerca de dos horas de caminata fatigosa entre la base y la cúspide, dentro de una cinta resquebrajada, al borde de profundos guindos, erizados de raíces, troncos viejos, ramas endurecidas, piedras de aspecto volcánico. De este modo, la ascensión al Cerro Azul—nombre con que también se conoce semejante prominencia de los Cerros de San Blas—, se impone a cualquier tenacidad: pero necesario es subir, apoyándose en las raíces, en las piedras, en los picachones y no dejar que avancen los delanteros ni que los retrasados se acerquen a nosotros. ¡Y con qué afán caminan ellas, en esta dulce penitencia del camino, sin menoscabo de su intento, como si los invisibles dioses de la selva renovaran continuamente la energía de sus cuerpos!

Cuando ya creemos desfallecer, algunos disparos nos avisan de la llegada de los primeros a la altura; diez minutos más y todos, unos tras otros, congrénganse de nuevo, al pie de un matapalo, a revolver comentarios... Estamos en un plano horizontal del cerro: atrás, la selva se hunde en una primorosa fertilidad poniendo extrañas alucinaciones en el precipicio; y, en frente, más territorio patrio, nuevas elevaciones del terreno, otras prominencias, bosques y sembrados que, en la diafanidad matutina de la distancia, supónense pulidos por esmeriles de alta magia.

Aquí y allá, vense casitas diseminadas. Hacia ellas se encamina el grupo en pleno regocijo; y en ellas se le acoge con entusiasmo fraterno. Son familias de agricultores, consagradas a la naturaleza, la cual, diosa inagotable, vacía cornucopias fecundas en sus regazos; café, plátanos, hortalizas, monedas; la felicidad de Aclao en estos valles arcadienses de la república... En tales cumbres, la dicha está más cerca del cielo.

Más tarde subimos al pináculo del cerro, sobre el cual yérguese un coyol, visible desde todas las planicies circundantes de La Montaña. El panorama que desde allí se admira subyuga en extremo: cuando el ambiente está limpio de nublados, en uno y otro punto percíbense las aguas del Golfo de Nicoya y del Océano Pacífico, dilatándose en una densidad azul rayana en verde; y, en el fondo, como una gota de lacre, la isla de Chira emerge en la opacidad de la niebla, orfebrerías estas dentro de las cuales el valle guanacasteco se distiende hasta perderse en la bruma con que siempre parecen herrumbrarse las vaporousas lejanías.

Tal fué la excursión. Conocimos un bello rincón de la patria; y en

nuestros corazones sentíamos un inmenso fervor cuando, al mirar hacia atrás el acumulamiento de tierra que dejábamos, nos parecía ser aquello locura de alguna raza antigua que la hubiese amontonado por erigir una pirámide de gloria al dios primitivo.

MANUEL SEGURA

Santa Cruz, Gte., mayo de 1926.

Prosas breves

Evocación

Es tu recuerdo esencia...

En el ambiente quieto de la sala paseábase en silencio el aroma de los lirios.

Al aspirarlo, irguióse la evocación de tu recuerdo, como estatua fina y consistente.

Es tu recuerdo aroma... Si de la rosa aspiro su fragancia exquisita, tú en ella vienes como inesperada visita.

Si a la violeta humilde traiciona su fragancia, tú en ella vienes, con aires de elegancia.

Y en estos lirios puros tú llegaste a mí, y tu recuerdo fué como velo sutil que hubiese cubierto toda el alma, quedándose allí.

Pasó un Viajero...

ERA el alma un desierto. El horizonte, amplio, vago. Arido y triste el ambiente. Pensamiento y silencio la invadían.

Llegaste tú. Traías un mensaje de tierras ignotas. Y fué fértil al escucharte, en ternuras, el alma.

Era tu voz un canto... a cuyo célico encanto prendíanse en el alma luminarias extrañas. Tornóse el desierto en alcázar de ensueños do el viajero vivía en ternuras sin cuento, porque el alma, en un éxtasis de gozo divino, al viajero acogió como a heraldo de amor.

Y el viajero pasó... y en el alma aún queda de la suya el sabor, fresco y dulce, tal mensaje de amor.

Fué en Mayo

FUÉ en Mayo... La tierra agradecida a los primeros aguaceros estalló en sonoras risas en la boca de encarnadas rosas. Aquí y allá la alegría mostrábase en múltiples floreceres: humildes briznas, altivas flores, temerosos símbolos de esperanza asomándose en los árboles antes secos. Y esparciendo su unción sobre la matizada explosión de vida, la alegría

saltadora de las aves, con trinos-aleluya. Parecía que la tierra quisiese absorber todo el calor del sol, para secar el copioso llanto. Estaba complaciente como si fuese a celebrar sus bodas con el sol...

Fué en plena Primavera, que sobre el alma cayó nevada inesperada.

(1925).

En todo te encuentras...

SÍ, en todo lo sutil, en todo lo que ostenta más trazas de divino,

Con voces de oro te trae la mañanita alada. Los fulgores del sol aumentan tu presencia.

Tímida y fría viene la luna a traer tu recuerdo que estremece, con actitudes dolientes, los sitios por donde tú pasaste. Las estrellas juegan al escondido, imitando tus gestos de niño mimado.

Se engalanan de matizado lenguaje las flores para evocar la variedad polícrona de tu espíritu.

Hay trinos nuevos—idioma de misterios—que tratan de imitar las profundas voces de tu alma.

En todo te encuentras...

La brisa silenciosa trae tus quejas, y hay en el huracán el tono de tus arrebatos de tormenta.

Hallo en la suavidad del arroyo al correr, el fácil discurrir de tu pensamiento sobre temas que amabas.

La lluvia evoca la amargura insistente que gotea sobre tu corazón. Por eso la llamas hermana!

En todo te encuentras: eres música, eres luz, eres flor...

Recuerdo

DENTRO, en la capillita interior, ora el alma, y una calma indescriptible toma. En la oscuridad terrible se enciende una cinta de luz!

Mi densa oscuridad se rompe cual interrumpe la solitaria roca de la montaña un chorro de aguas purísimas, y es un contraste encantador.

Es su recuerdo que no me deja, y como nunca, vive en mi alma muerta. Es el celeste consuelo que colora mi tristeza...

GRIS

(1926).

San José, Costa Rica.

NOTA.—*Velada por el pseudónimo, otra damita pide la hospitalidad del REPERTORIO para sus producciones poéticas.*

Sorprenden el entusiasmo, la musicalidad y elegancia con que Gris ha torneado sus prosas breves. Con gusto le decimos a Gris: ¡Pase Ud. adelante!

Una pálida flor

Una pálida flor, mi compañera, lirio de anunciación crepuscular, pone en mi ensueño la gentil quimera de lo que nunca lograré alcanzar!

Exaltada en la fé de la postrera otoñal luz de mi íntimo anhelar, le da a la brisa olor de primavera, y oculto ruseñor rompe a cantar.

Y ya mi vida que se fuga quieta, como corriente de aguas de violeta, se remansa y la copia en sus semblantes.

Dura la adoración breves instantes, pero la flor al verse así querida, perfuma con sus pétalos mi vida.

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, 1 Set. 1925.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Agencias

del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscripción anual, aislada y directa:

\$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adr. del REPERTORIO AMERICANO

Ap. Letra X

San José de Costa Rica, C. A.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un Sol

Apartado N.º 176. Lima. Perú.

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recoméndolo a sus amigos.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El quetzal

Es el quetzal un pájaro verdaderamente maravilloso. Soberbia es el ave del paraíso con sus alas de ocre y seda, dobladas en graciosa comba, cayendo a ambos lados de su cuerpo flexible como dos surtidores de oro líquido; magnífico el faisán dorado, con su penacho heráldico, su peto que finge las cinceladuras de una coraza principesca, sus alas policromas de mosaico pompeyano, y su actitud severa y grave de mandarín; y primorosos, en su minúscula belleza, los etéreos colibríes, fragmentos de iris, pedrería que vuela. Pero el quetzal, que participa de algo de cada una de estas aves, es superior a todas ellas. Es, aparte de más atrayente, más original. En el gran modelado de la naturaleza su troquel es único.

Pequeño—su cuerpo propiamente dicho—, no mide un espacio mayor que el que una dama abarca con su mano buscando la octava en el teclado de marfil. Predomina en su regio plumaje el color verde, pero no el verde regular y corriente en la pluma. Es un verde metálico, resplandeciente, con relampaguear de gemas. El pecho, rojo, se diría que sangra como una herida recién abierta. Bajo esta cascada de púrpura, se extiende una mancha que cobijan las alas, de un azul oscuro profundo y cambiante que recuerda, superándolo, al que ostenta en igual región el opulento pavo real. Sobre su cabeza, muy redonda, se alza una coronita que va del pico al cuello como un diminuto abanico desplegado. Pero lo que, sobre todo, es clásico e incomparable en este prodigio de la naturaleza, es su cola, su larga y deslumbrante cola. La forma un manojo de plumas que miden a veces casi un metro, del ancho de una espada, arqueadas con la gallarda curvatura de un alfanje, hechas de hebras finas, movibles, ligeras, como facturadas por manos milagrosas. Hay algo más. Tiene un brillo áureo todo él, como si lo hubieran rociado de polvo de oro, o en sus excursiones, a plena luz, su ropaje se hubiera empapado de átomos de sol.

El quetzal está penetrado, convencido de su belleza. Siente el orgullo de su majestad. Ama, sobre todo, y casi en forma de un culto, su cauda primorosa. Vela por ella y la cuida con la religiosidad y el empeño con que un cantante se preocupa por su garganta o una hermosa por sus hechizos. Para mantenerla incólume no omite detalles. A fin de que no se tuerza, ni se despeine, ni se maltrate, construye su nido en forma tal que su arquitectura la proteja. Procede de una manera curiosa. Taladra con paciencia un grueso tronco hasta formar un túnel. Entra por un extremo y sale por el otro sin que las largas y sedosas plumas sufran otra cosa que un ligero rozamiento. Así defiende hábilmente su blasón.

Sus perseguidores, que son muchos, aprovechan, conociéndola, su debilidad. Cuando está en su asilo,

tranquilamente reposando, el cazador avieso se acerca sigiloso, burlando el oído fino del ave, y en movimiento rápido le cubre la abertura de salida. Hora de angustia y zozobra. Comprende que el enemigo está cerca, que ha burlado su celo. Grave peligro lo amenaza. ¿Qué hacer? Hay un medio de salvarse. Un movimiento en retroceso, salir por la puerta de entrada. Tiene un instante de vacilación. Pero viene a su mente el recuerdo de la cola magnífica; puede romperse o estropearse en aquella maniobra. Vence la vanidad. Ya no piensa en huir y espera tranquilo, sin oponer resistencia, a que la mano de su astuto codiciador lo aprisione.

Indómito y salvaje, no acepta el cautiverio, quiere mucha luz y mucho espacio. Y no se crea que es una jaula estrecha, la que no acepta. Un lugar amplio y cómodo, siendo prisión, lo rechaza lo mismo. Se han hecho al efecto experiencias curiosas, todas con el mismo resultado negativo. Colocada una pareja en un gran patio, con fuentes de agua fresca para abreviar, frutas de su predilección, lindas flores y hermosos árboles, todo ha sido inútil. Ni hunde su pico en la clara linfa para sorber una gota de agua, ni prueba un ápice de pulpa, ni se refugia en el verde follaje. Con estoicidad nipona, sin cambiar de sitio, espera la muerte que no tarda en llegar acelerada por el hambre, la sed y la inacción, y más que todo, por la angustia desesperada que martiriza a aquel turiferario de la libertad.

La leyenda y la poesía lo han consagrado. Muchas liras, y de egregios poetas, han vibrado en su elogio. José Joaquín Palma, el cantor cubano, nos lo pinta delicadamente en dos estrofas de una larga composición que le dedica:

Flor que vuelas, flor agreste,
hay en tu cuello divino,
mucho del verde marino,
mucho del azul celeste.

Forman en raro concierto
de fantásticas guirnaldas,
tus alas, dos esmeraldas,
tu pecho, un múrice abierto.

La tradición indígena lo recuerda en todo momento, exaltado con la originalidad de las imaginaciones vírgenes. Los quichés le dan un origen mítico. Cuentan que en una fértil pradera de Petén, tierra de vegetación privilegiada, apareció cierto día un enjambre de mariposas verdes y azules que trazaron caprichosas danzas entre los rayos del sol, al acorde de la música de los pájaros cantores. Fatigadas abatieron su vuelo, se posaron en el lugar más pintoresco y florido, y desaparecieron. Allí, en el mismo sitio, surgió un árbol soberbio, no parecido a ningún otro, de un raro y atrayente encanto. Y allá, en lo más alto de su copa opulenta, apareció, para coronar su esplendor, el quetzal, como si fuera hecho de las alas de las mariposas desaparecidas.

Su existencia está estrechamente vinculada con los dioses. Su nombre forma parte de una de las más augustas divinidades aztecas: Quetzalcoatl, «Creados, dice Chavero, el Sol por el fuego, y la Luna por el agua, tenemos al viento personificado por Quetzalcoatl. Ya hemos visto que en la leyenda nahoa Tonacatecuhtli y Tonacacihualt, el Sol y la Tierra tuvieron por hijos a Quetzalcoatl y a Tezcatlipoca.

Quetzalcoatl es la estrella de la tarde. Como a los helenos llamó la atención el lucero de la mañana, que brotaba del mar que el Oriente teñía, así les llamó a los nahoas, habitantes del Pacífico, el astro vespertino que flotaba en las olas del horizonte. Su luz reflejando el movedizo oleaje, debió hacerlo aparecer como brillante culebra, y al deificarlo le llamaron Quetzalcoatl. Compónese esta voz de *coatl*, culebra, y *quetzal*, pluma del hermoso pájaro quetzal, que también se toma en la acepción de bello. De tal modo que el nombre significa: culebra preciosa, y para presentarlo jeroglíficamente, se pintaba una serpiente con plumas».

En la conquista juega un importante papel en un trance heroico y trágico.

Era el momento en que se libraba la más importante batalla entre los españoles de Pedro de Alvarado y los indios quichés en las llanuras de Olimtepeque. Mandaba las tropas de los nativos Tecum-Uman, un cacique viejo y prestigioso amado de los suyos, invencible hasta entonces.

Dice el historiador Fuentes y Guzmán que el capitán español dividió su caballería en dos alas, la una al mando del Bayardo de aquellos ejércitos, don Pedro de Portocarrero, y la otra bajo las órdenes del aguerrido Hernando de Chaves. El, con la infantería y los indios traidores, se adueñó del centro, punto el más peligroso y difícil en aquella jornada. Distribución casi análoga, en relación a sus recursos, hizo el rey aborígen. En lo más recio del combate se encontraron frente a frente los jefes de los dos ejércitos. Se trabaron en singular combate. La superioridad de Alvarado por su edad, su fuerza, sus armas y su prestigio, nada podía contra el indio vencido por los años, desnudo, sin más que su lanza con una punta de obsidiana. Un extraño poder lo defendía. Su *nagual*, su protector, según aseguraron más tarde sus soldados. Era un quetzal de forma gigantesca. Y hasta que el acero del conquistador no atravesó el pecho del ave, no logró dar muerte a su valiente y denodado contrincante.

Para los príncipes mayas y quichés y para los emperadores aztecas, era el quetzal la prenda más querida, su adorno predilecto. Cuando Moctezuma se presentó a Cortés, ante sus ricas joyas, se despertó la codicia de los castellanos; pero aquella gente, sin más culto que el oro, no pudo resistir al deslumbramiento que le produjo el penacho que se erguía sobre la monárquica cabeza, deslumbrante como una llamada verde de caprichosos fuegos de artificio.

Plumas de quetzal ceñían las frentes de las vestales, se entrelazaban con el ébano de las trenzas de las princesas, lucían sobre las túnicas de los sacerdotes, remataban el extremo de los estandartes, constituían el galardón de los vencedores, el mejor presente de los enamorados; eran, a un tiempo mismo, reliquia y alhaja.

Cuando Huemec, el rey bravo, siente vacilante su trono, no piensa en su vida. A la inversa de Ricardo III, que ante la amenaza de Tudor exclama; *A horse a horse, my kingdom for a horse*, cobarde y servilmente, el magnate indio, en un arranque altivo dice dirigiéndose a su Dios, mientras sigue defendiendo sus derechos: ¡O, divino Tlaloc; consérvame mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!»

MÁXIMO SOTO HALL

Guatemala.

Consejos del califa Alí Ben Abi Taleb a su hijo

En una carta que escribió un día a su hijo el Hasan, le dijo:

«Ten presente cuatro cosas, que pueden serte útiles en la vida sin hacerte daño: La fortuna más grande es la inteligencia; y la más grande pobreza es la idiotez; la mejor nobleza es la virtud, y la más triste soledad es la pretensión.

»¡Oh hijo mío!, ten cuidado de tener amigos que aun queriendo hacerte bien te hacen daño: un avaro, que te impide tener lo más necesario, o un mentiroso quien como el espejismo te maestra cerca lo que está lejos, y lejos lo cercano».

En su testamento escribió a su hijo, entre otras sentencias, las siguientes:

«Has de saber que al dejar este mundo no se lleva uno con él sino el recuerdo de sus actos. Sigue el sendero recto, y no vendas tu alma por el placer de la vida... No digas cosas que tú no conozcas, y no contestes si nadie te pregunta. No tomes ningún camino, si no estás seguro de la llegada.

»Las mejores palabras son las útiles, y la sabiduría no vale si no puede ser útil a nadie.

»¡Oh, hijo mío, que tu alma sea el balance entre tú y los demás! Desea a tu prójimo, lo que deseas para ti mismo.

»La pretensión y la presunción son los peores enemigos del hombre.

»La muerte nos persigue toda la vida y nadie puede escapar de ella. Está, pues, listo cuando te alcance, y no fíes en los deslumbramientos de la vida. La gente no es más que perros que ladran unos contra otros y lobos que se devoran entre sí. El fuerte come al débil y el grande vence al pequeño.

»No tomes por amigo al enemigo de tu amigo, pues perderás la estima del uno y del otro.

»¡Oh, hijo mío, sabe que el forastero en este mundo es quien no tiene un amigo; y no todos los defectos se deben demostrar! Cuando cambia el Sultán, cambian las circunstancias, Averigua quién es tu compañero de viaje, antes de tomar el camino, y tu vecino de casa antes de habitarla.

»No te burles de nadie, aun siendo gracioso, y ten cuidado de consultar a las mujeres, pues sus consejos son siempre debilidades».

Bondad

Si al tronchar una rosa
una espina en la mano se me clava,
pongo un beso en la herida
y me olvido del daño que me causa.

Si la pena me hiere,
con un suspiro desahogo el alma.
Y si el dolor me aqueja,
riego mi corazón con una lágrima.

CAMPOAMOR DE LA FUENTE.

Rep. Argentina.